



COLECCIÓN PÍNFANOS

VOLUMEN 6

LA PAVA

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: 30 de abril de 2023

Contenido

PRESENTACIÓN	7
EL DURO DE DON JOAQUÍN	11
DÍAS DE VERANO	16
EL PÉNDULO Y EL COLUMPIO.....	25
MI INFANCIA SON RECUERDOS	30
EL DÍA QUE SU MAJESTAD INFERNAL VISITÓ EL CHOE DE PADRÓN	36
EL SILENCIO ROTO	39
FÁTIMA	56
ENERO 1939 «III AÑO TRIUNFAL»	61
PARIS DE LA FRANCE	82
VIDAS	99
METAMORFOSIS EN EL CONVENTO	105
EL ABUELO	120

PRESENTACIÓN

Celebramos el décimo aniversario de la primera publicación de la Colección Pínfanos, inicialmente compuesta por cuatro volúmenes de relatos independientes, y para recordarlo editamos algunos volúmenes más.

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra

deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro que tus manos sostienen se han recogido relatos publicados en la página de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque

está escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizás ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

EL DURO DE DON JOAQUÍN

Francisco Antonio Álvarez López

Ni se te ocurra pensar que con esto quiero decir que D. Joaquín era un tipo duro. Ni mucho menos. Estás muy equivocado si llegaras a pensar eso, pues D. Joaquín Sánchez Revés, "el foca", profesor de Historia en el Colegio La Inmaculada, era una persona sensible, quizás un poco gruñón, algo arisco y reservado pero, sin lugar a duda, respetuoso y amable; lo que se puede decir un perfecto caballero de capa, pipa y sombrero. Rematando su figura con un varonil bigote revirado en semicírculo en ambos sus dos extremos. Era, no cabe duda, un personaje singular; como de otra época. Evocaba recuerdos del pasado cuando lo veías saludando al cruce con una dama, tocando ligeramente el ala de su sombrero e inclinando la cabeza, no podías reprimir una sonrisa cómplice y pensar: "Ya no quedan caballeros como este".

El cambio de colegio, de Padrón, un pueblo de La Coruña, a la capital de España, suponía una gran novedad para mí, a pesar de que mi hermano ya me había anticipado lo que me encontraría al llegar al nuevo colegio de Madrid, calle López de Hoyos 317, barrio de Chamartín de la Rosa, en Ciudad Lineal.

Al fin podría poner cara a todos aquellos personajes tan peculiares que estaba ansioso por conocer: El director, D. Antonio Salinas, "el sasa", profesor de latín; el administrador, D. Vicente Garralda, "el bisonte", profesor de ciencias, si estabas cerca de él cuando explicaba alguna lección acababas empapado de una fina lluvia salivar. El secretario, D. Inocencio Abadía, "el pájaro", profesor de

francés; D. Luis Rejas, "el triqui", de literatura, que en cierta ocasión casi me parte el tímpano de un bofetón que me dio, seguro que con bastante razón. El polinomio, de matemáticas... etc. Y del personal no docente, destacando con mucha diferencia, "la Manola", impresionante señora, morena de pelo largo, ojos negros, labios carnosos pintados siempre de rojo, con firmes y grandes senos. Modelo perfecta para que Julio Romero de Torres la hubiera inmortalizado en uno de sus lienzos.

Al parecer viuda también de militar, era la encargada de las chicas de servicio. Su trabajo más conocido, al menos para nosotros, consistía en repartir el pan en el desayuno, comida y cena, con una pequeña cesta apoyada en su regazo, para quien quisiera repetir. Los más atrevidos le decían: "¡Dame un pico, Manola!". Y estirando la mano, con muy poco disimulo, le tocaban uno de los dos "picos" naturales que la Manola tenía. Si tuviera que recordar a otra persona del servicio, tendría que ser, sin lugar a duda a la inocente Simona; persona cándida, rayando lo infantil, con un corazón que se le salía del pecho. Jamás vi un atisbo de malicia en aquella excelente mujer. Lástima que siempre hubiera algún desalmado que abusando de su buena fe se mofaba de ella y la humillaba inútilmente.

Volviendo con D. Joaquín y tratando de describir un poco su figura y su persona, como dije en un principio, su indumentaria, sobre todo en tiempo frío, consistía en un traje de color indefinido, posiblemente el de su boda, si es que estuvo casado alguna vez; una pipa de espuma de mar siempre empuñada en su mano izquierda, hermosa capa española y negro sombrero de copa. Llegando la primavera, su cambio simplemente consistía en suprimir la capa y cambiar su viejo traje por otro un poco más claro aunque no menos ajado que el de la temporada

anterior. Su brazo izquierdo era ligeramente más corto que el derecho y de ahí nació quizá la leyenda que año tras año y de boca en boca circulaba por el C.H.O.E.

Se contaba que en otro tiempo, siendo capitán de barco, bergantín, tal vez goleta, capeando una dura travesía con mar gruesa y viento fuerte, sintiendo crujir un palo, trinquete, mayor o mesana —nadie supo precisar a ciencia cierta de que mástil se trataba— y para evitar que lesionara a uno de sus tripulantes o marineros, intentó parar el golpe interponiendo su mano izquierda, lo que supuso acabar con el húmero en dos trozos y subsanar la rotura con un aro de platino, teniendo ya para siempre el brazo un poco más corto. Es sumamente curioso y realmente siempre sospeché de esta historia, pues nunca le oí a D. Joaquín referirse a cualquier tema que hablase de barcos y travesías. A veces intentábamos en vano que nos contara sus aventuras marineras pero nunca lo conseguimos y él siempre evadía ese tipo de comentarios.

D. Joaquín no pronunciaba la R y fue por ese motivo que tuvo un fatal desencuentro con mi hermano, porque al tener el mismo defecto, en un principio pensó que pretendía burlarse de esa deficiencia suya, pero al cabo de algún tiempo, viendo que no fingía, reconoció su error y pidiéndole disculpas, tuvo para con él una sincera amistad, premiándole a fin de curso con una muy buena nota.

La primera media hora de clase, la dedicaba D. Joaquín a explicar la lección correspondiente, amenizándola siempre con curiosas anécdotas que a mí, personalmente, me gustaban más que la propia lección del día. La siguiente media hora, sacaba a tres o cuatro para decir la lección a pie firme frente a él. Cuando me sacaba a mí, siempre me mandaba sentar en una silla, pues el curso anterior me había roto la rodilla en clase de gimnasia y a pesar de que yo le decía que podía estar de pie, continua-

mente insistía que me quedara sentado. Esto demuestra, como mencioné al principio, sensibilidad, buen tacto y humanidad del querido profesor.

Aquel día soleado de los primeros de abril nunca se me olvidará, porque a la postre fue el primer dinero que gané gracias a mi trabajo, estudiantil, por supuesto. Y es que cuando respondías la lección correctamente, formulaba a los finalistas lo que se conocía como pregunta de diez, cuya respuesta acertada suponía que diera un billete de cinco pesetas, en la jerga popular conocido como "duro". Cabe reseñar que en aquel año de mil novecientos sesenta y dos, con cinco pesetas —tres céntimos de euro actual— podías pasar tranquilamente la tarde de un domingo: el cine, tres pesetas; un refresco con milhoja, una con cuarenta; y te sobraban sesenta céntimos para comprar el lunes seis caramelos Saci, a las once en el recreo.

Los cuatro que habíamos respondido de forma correcta la lección completa estábamos expectantes esperando, casi temblando, la temida pregunta de diez; la premiada con el duro.

La pregunta fue la siguiente: "¿Quiénes fueron el bisabuelo y preceptor de Alejandro Magno?". Un tenso silencio se hizo dueño de la clase. Pero cuando todos pensaban que ese día no habría duro, recordé perfectamente aquella entretenida charla de hacía al menos un mes, en que nos había contado de una forma muy amena, como siempre, parte de la vida de Alejandro Magno, que bajo el nombre de Alejandro III de Macedonia, reinó durante trece años. Sólo yo levanté la mano y respondí con aplomo: "Filipo primero de Macedonia y el filósofo Aristóteles". Esbozando una ligera sonrisa y sacando su cartera me dice: "Aquí tiene usted su premio". Y me entregó entonces el muy preciado billete.

He recordado esta historia porque ordenando una vez más mi caduca biblioteca, apareció entre mis manos un libro que me había regalado D. José Hesse Murga, "el Pepe", profesor de literatura en Carabanchel Bajo, hombre desaliñado en el vestir, fumador empedernido, un tanto supersticioso, pero sin lugar a duda, una excelente persona y docto en la materia que con tanto cariño enseñaba. Me contaba Carlos Justo, que un día antes de entrar en clase le dice en voz baja: "Pídeme un cigarrillo con discreción", y poniéndose en medio del aula proclama con toda energía: "Un cigarro pa D. José". Lo que después sucedió es fácil de imaginar... Gritos de D. José:

"¡Pero chico!, ¡pero chico!, fuera de clase". Y Carlos Justo al pasillo.

Después de imponer un ligero orden en la biblioteca, agrupando los libros por sus temas correspondientes, me senté plácidamente en mi sillón preferido dejándome invadir por aquel tiempo pasado. Imposible fue evitar la tentación de ojear nuevamente aquel libro titulado: "La literatura española en el siglo dieciséis". Ver la dedicatoria que me hizo D. José, leer las primeras hojas y encontrar la gran sorpresa que me llenó de emoción, pues en medio de aquel tomo se encontraba adormecido, estirado y con postín, un viejo billete verde:

EL DURO DE DON JOAQUÍN.

DÍAS DE VERANO

Marta González Bueno

Nada más llegar, lo primero que ha hecho mamá es embadurnarme bien con una crema pegajosa, ya me acuerdo de la del año pasado. Me da crema incluso en las partes del cuerpo que están tapadas con el bañador, dice que es malo que me dé el sol. Y yo digo que no entiendo por qué venimos a la playa a tomar el sol, si es tan malo, pero lo digo entre dientes, no vayamos a tener una regañina el primer día, ¡son tan enfadones los mayores!

Me resigno, a pesar del mejunje, y pienso que lo voy a pasar bien, con mi nuevo juego de cubo y pala, que incluye varios accesorios, moldes para hacer construcciones. Dicen que soy un poco mayor para eso, pero aun así me lo han comprado. Me pongo, a la orilla del mar, en un trocito que está un poco hundido, donde puedo ir acumulando el agua que cubo a cubo traslado hasta la arena. Al poco de empezar con el trabajo, llega papá y algo dentro de mí se pone en alerta, no identifico que es. Enseguida se pone a colaborar conmigo, muy contento, arrodillado en la arena, parecemos dos buenos amigos disfrutando de un trabajo en equipo. Pero pronto toma la iniciativa: yo sigo aportando cubos de agua y la construcción queda exclusivamente en sus manos. Al cabo de un rato va tomando forma, no tiene mal aspecto, y entonces me dice directamente que como ya tenemos agua suficiente, mejor que no haga nada y que me siente guardando una cierta distancia, pues si lo toco, lo voy a estropear. La verdad es que hacía un rato que estaba sin hacer nada. Y ahí me quedo, toda una buena parte de la mañana mirando,

con aburrimiento, como disfruta papá haciendo su castillo, ¡él siempre hace lo que quiere!

Después de un rato interminable se levanta mamá, que todo ese tiempo ha estado tranquilamente tomando el sol y me dice que nos vamos al agua, ¡por fin el rescate!, me voy a divertir un rato. Damos unos pasitos y unos saltos hasta que conseguimos la inmersión completa. A mí me brillan los ojos de felicidad con el chapoteo pero casi de forma inmediata mi madre opina que el agua está muy fría así que como ella tiene frío, yo tengo que salirme del agua. Protesto un poco pero cedo, que remedio, ¡ella manda!

Por fin se hace la hora de dejar la playa para ir a comer. Papá abandona su obra de arte, se viste deprisa y se adelanta a nuestra marcha, dice mamá que para ir al bar. El castillo abandonado va modificando su apariencia con las pisadas involuntarias de los que pasean por la orilla y en especial por las patadas de los niños que disfrutan con la destrucción voluntaria. Me acerco a colaborar con ellos, con una nueva alegría que no he sentido en toda la mañana y que no puedo revelar a nadie. Es que no es mi castillo el que se destruye, ¡es la pequeña venganza a mi marginación!

La comida la hacemos en un restaurante de la playa. Hemos quedado con los tíos, los primos y la abuela. Ya han llegado todos. Yo pienso qué bien, voy a comer lo que quiera. Pero nadie me pregunta. Me plantan delante un plato que se supone que me gusta, pero que lo han llenado de una salsa que no puedo tragar, así que lo dejo. Sorprendentemente, nadie me regaña. Debe ser por la abuela, que dice que no me digan nada. Cuando terminamos, a ella le preparan un táper para llevar, con lo que no hemos querido los demás, aunque papá no pone buena

cara, pero con la abuela él no se atreve. ¡Ya entiendo porque no me han reñido!

Cuando terminamos de comer, vamos hasta el parque dando un paseo. Bien, si no fuera porque en el camino nos encontramos con otras familias que nos saludan con efusión desorbitada. Sobre todo las mujeres: madres y abuelas, te abrazan apretándote, te besan dejando en la cara restos de saliva y te dan pellizcos en las mejillas mientras exclaman con entusiasmo ¡qué ricura! Creo que al final acabo con más coloretos que la amiga de mi mamá cuando va a buscarla para ir de compras. Espero que no se repitan más días las supuestas caricias. ¡Qué paciencia hay que tener con los mayores!

Cerca del parque hay una pastelería, y uno de mis tíos, en un arranque de generosidad, decide invitarnos a todos. “Cada uno que elija lo que quiera”, dice. Pero no. Cuando yo señalo el pastel elegido, grande y de nata, que como había comido poco me lo estaba relamiendo, alguien me dice “ese no, que es muy grande y te va a quitar las ganas de cenar”, y a cambio me dan uno pequeño, que mordisqueo sin entusiasmo. ¿Qué puedo decir yo? ¡A aguantar una vez más!

Después de cenar quiero ver la televisión, pero sólo hay una en la casa y muchos candidatos a elegir, alguno de ellos impone su voluntad y yo me retiro a la habitación que comparto con los primos. “Al menos este rato tendré tranquilidad para leer mi libro sobre animales”, pienso. Falsa esperanza, al poco rato empiezan a entrar y salir, a sugerir otros juegos, a tirar almohadas, y no hay manera, tengo que dejar el libro para otro rato. Pero antes me enfado un poco con alguien más pequeño que yo, porque ha arrugado algunas hojas de mi libro. Enseguida va a quejarse a los mayores y yo me llevo una bronca, ison intocables los más pequeños!

Cuando llega la hora de dormir de verdad, viene el numerito de las literas: que “yo me he pedido la de arriba”, que “yo tengo vértigo”, “que yo tengo que salir a hacer pis”. Al final, la de siempre, viene un adulto a ordenar por ley el lugar que nos corresponde a cada uno. Aceptamos de mal grado y con múltiples protestas la designación, pero aun así llegamos al gran momento de las risas: un chiste a medias, un pie que cuelga más de la cuenta, un eructo, y algo más oloroso, y hasta un proyecto esbozado a medias para el día siguiente. Lentamente, la energía decae y nos dormimos. La noche ha sido tranquila, imenos mal!

El día ha amanecido lluvioso. Hoy no vamos a la playa. El desayuno se alarga indefinidamente. Consigo que me dejen la tablet y me las prometo felices. Me pongo a jugar en un rincón de la habitación dispuesto a hacer puntos sin límite en un juego que tengo más que trillado de tantas veces como lo he practicado. Cuando estoy en lo mejor, entra uno de los mayores y me dice que no me viene bien estar ahí, “jugando con la maquinita” yo solo. No hago caso y sigo. Pero al poco tiempo entra mi madre y me obliga a salir. Me confisca la tablet y me dice que lo que tengo que hacer es jugar con los primos. No entiendo ese afán de querer estar todos juntos, con lo bien que se está cada uno a su aire, claro que eso cuando te dejan hacer lo que tú quieres, lo que es verdaderamente difícil. ¡Se pasan la vida mandando los adultos!

Bajamos a la calle y nos ponemos a jugar con una pelota. Estamos un ratito, pero cada vez pasa más gente y oímos algunas protestas. Al poco tiempo algunas personas nos dicen directamente que “dejemos la pelotita” y que nos vayamos a otro sitio, que “no hacemos más que molestar”. Agachamos la cabeza, cogemos la pelota y nos sentamos en grupo en unas escaleras de subida al mercado.

Nos apretamos bien para formar un grupo lo más pequeño posible, porque la gente está subiendo y molestando. Cuando miramos a la cara de alguna señora vemos que nos mira con desconfianza y antipatía. Eso, y los comentarios y tonterías que decimos, nos provoca la risa, y estamos un rato bromeando. Pero notamos que la gente se mosquea cada vez más, y nos tenemos que ir de ahí. ¡No entienden nada los mayores!

Hoy comemos en casa, y por fin parece que los macarrones saben a lo que tienen que saber, debe ser que los ha preparado mamá. Es muy pesada, pero cocina muy bien. Nos dan la comida primero a los niños. Cuando nos sirven, nos miramos unos a otros y sobre todo los platos, con recelo y desconfianza, pues nadie está dispuesto a renunciar a su parte a favor de los demás, y siempre parece que los platos de los otros están más llenos. Se producen algunas protestas, pero enseguida uno de los mayores pone orden, así que nos resignamos a conformarnos con lo que nos han puesto, y lo engullimos sin más contemplaciones. Terminamos tan rápido como los mayores habían previsto, y mientras ellos comen podemos deambular por la casa sin que nos digan nada. Hacemos conciliábulo y decidimos solicitar la gracia de ir al cine, sin importarnos mucho la película. Cada uno debe pedir a su padre, con muy buenas maneras, que nos dejen ir al cine esa tarde, los padres son más sensibles a esas peticiones, opinamos, mientras que las madres siempre quieren que estemos con ellas. ¡Seguro que lo logramos!

Después de algunos “mejor no”, “otro día,” “qué película”, “cómo van a ir solos”, parece que se ponen de acuerdo y ganamos la partida. Nos acompañan al cine y nos compran palomitas y Coca-Cola, que era de lo que se trataba. Nos dejan entrar solos con la promesa de volver a buscarnos. Pasamos bien el rato, pero cuando se termi-

nan las palomitas y la Coca Cola empezamos a impacientarnos, a movernos, a hablar, a reír. La gente de alrededor nos llama la atención, nos mandan callar y a nosotros nos entra más la risa. Mucho antes de acabarse la película ya salimos. Esperamos a la salida a que vengan a buscarnos, tal como habíamos quedado. ¡Qué no noten nada, que nos la cargamos!

Día soleado, playa segura. Vamos todos, Uno se retrasa porque tiene que ir al baño, el otro olvida la toalla y a otro se le sale la sandalia, así que parece que no salimos nunca. Al menos hoy no tendré que observar las habilidades constructivas de mi padre, a todos juntos no nos puede. ¡Los primos sirven para algo!

Cuando llegamos a la playa, como estamos todos, alguien sugiere ir a las rocas a coger lapas. Las mamás dicen que no podemos ir solos, así que los padres vienen con nosotros mientras ellas se quedan charlando sobre cosas que ya conocen, quitándose la palabra unas a otras. Pero antes se desarrolla la ceremonia del embadurnamiento, incluidos los padres. Cuando empezamos a andar brillamos todos más que el sol. La mañana pasa bien aunque con un par de heridas de los más patosos, una en la pierna y la otra en la mano. Además de curarles les echan una notable bronca por no tener cuidado, ¡cómo les gusta reñir a los adultos!

Después de comer estamos un rato tranquilos. Bueno, aparentemente. Nos han dicho que durmamos un rato la siesta, así que procuramos hablar en voz muy baja para que no vengan a reñirnos, que le tienen mucha afición y cualquier pretexto es bueno. Empiezo a revolver lo que hay en los cajones y encuentro una figurita de cerámica blanca y azul que representa un pescador. La doy vueltas, la miro por todos los lados comprobando que está hueca hasta que se cae y se parte en tres. La recojo rápidamente

y no digo nada. Por suerte, nadie se ha dado cuenta, porque mis primos son unos chivatos. La escondo en lo más profundo del cajón y pongo delante todo lo que encuentro, con la esperanza de que tarden mucho tiempo en encontrarlo. ¡No quiero otra regañina!

Entre las cosas que he encontrado durante la inspección, hay una que me guardo sin decir nada. Es una figurita pequeña de una niña vestida de gris, con un lacito en el cuello. No sé de dónde ha salido, no es como los adornos que venden en las tiendas. La meto en mi mochila, entre unos calcetines para que nadie me la vea ni se rompa, ¡preguntare a mamá cuando llegemos a nuestra casa!

Los mayores organizan una excursión al “interior”, eso dicen. Hay unas montañas y un río que algunos ya han visitado en una ocasión.

Los preparativos parecen no acabarse nunca, todos nos ponemos nerviosos, sobre todo ellos, claro, pero nos contagian. Han estado haciendo tortillas, han rebozado filetes y han hecho croquetas. Todo lo ponen en unas tarteras grandes, pero según van metiendo cosas, se van acordando de otras: vino, gaseosa por si acaso, agua por si no encontramos, fruta, que siempre viene bien, servilletas, latillas, pan, refrescos, yogures...llenan dos neveras. Digo yo que sería mucho más fácil comer en casa. Bueno no lo digo, lo pienso, no están los ánimos para que ninguno de nosotros haga una objeción. En el último momento se acuerdan de que hay que llevar rebecas, pañuelos y algo de ropa de repuesto. Me parece que no vamos a salir nunca. ¡Cada vez están más nerviosos!

La ocupación de los coches es una odisea. No saben si ponernos juntos a todos, repartirnos por edades o cada uno con sus padres. Entramos y salimos tres veces de

cada coche. Los conductores están cada vez más exaltados, vale más quedarse callado, más de uno recibimos una colleja sin saber por qué, ¡ojalá pudiéramos ser invisibles!

Llegamos al campo. Nueva odisea hasta encontrar un sitio del agrado de todos para extender alguna manta y los manteles sobre los que hacer el despliegue de nuestras provisiones. Cuando por fin lo encuentran, mientras preparan todo, nos vamos a dar un paseo hasta el río que está cerca. ¡Por fin nos vamos a divertir!

Exploramos la zona y comenzamos a tirar piedras al agua, a ver quién llega más lejos, nos acercamos cada vez más a la orilla hasta que doy un tropezón y me caigo al río. Del susto empiezo a brucear y parece que no voy a poder salir, pero el primo mayor se mete un poco en el agua y me agarra, los demás tiran, hasta que estamos todos en la orilla de nuevo. Yo estoy como una sopa, y mi primo bastante mojado. Nos reímos, nos ponemos nerviosos, nos asustamos. Decidimos volver sigilosamente al campamento base y buscar ropa para cambiarnos sin decir nada a los mayores. Pero cuando estamos cerca nos ven, porque ya nos estaban buscando. Al principio no notan nada, pero enseguida nos ven las pintas que llevamos tan mojados, sobre todo yo. No se compadecen ni preguntan si estamos bien, pero nos echan una bronca morrocotuda mientras nos cambian de ropa. ¡Ya estamos todos bien enfadados!

Mañana otro día más con todos, a ver que me espera. ¡Ya estoy deseando que empiece el cole y poder estar en paz durante unas horas!

¡Qué bien se está en casa!, ya llevamos unos días y en el colegio nos hemos contado todo. Tengo los cuadernos y los libros, todo en orden, así que mamá está bien tran-

quila, ¡es hora de averiguar el misterio de la muñequita que encontré!

Cuando he enseñado la muñeca a mamá, no me ha reñido por traerla. La ha cogido con cuidado y he notado que se emocionaba, se le han humedecido los ojos. Nos hemos sentado en el sofá, juntos, con la tele apagada. Me ha dado un abrazo y me ha dicho que era de su madre, de mi abuela Loli. Me ha contado que estuvo interna en un colegio y que esa ropa era el uniforme que llevaba. Que tenía mucho cariño a su colegio, a su uniforme y que tenía muchas amigas de aquella época. Luego se ha sonreído y me ha dicho que la abuela se reía mucho recordando las trastadas que hacía durante los muchos años que había estado interna. Yo la escuchaba con los ojos bien abiertos, ¡una abuela que hacía trastadas! Con lo buenos que son todos los mayores, eso dicen, seguro que ella no reñía. Como ha visto que yo escuchaba con mucha atención, mamá me ha prometido que me iría contando algunas anécdotas que ella recordaba. A mí me parece mentira tener una abuela que ha estado tantos años interna, yo había oído que iban internos los que se portaban muy, muy mal, pero mamá me ha dicho que fue por otros motivos. Estaba deseando saber más cosas de la abuela, se iba a convertir en mí heroína.

El profe de sociales nos ha dicho que con la vida de nuestros familiares podemos estudiar la Historia, y yo tengo el privilegio de tener una abuela especial. Voy a investigar todo sobre ella, ¡este curso va a ser muy interesante!

EL PÉNDULO Y EL COLUMPIO

Juana Teresa Peñate Rueda

“Cuenta la leyenda que mientras Galileo escuchaba misa en la catedral de Pisa, mataba el tiempo observando el movimiento de vaivén de una lámpara suspendida del techo. Galileo notó que, aunque la amplitud del movimiento cambiase, el tiempo que tardaba la lámpara en realizar una vuelta completa era el mismo. Galileo, pensó que podría utilizar esta propiedad para construir un instrumento que midiera el tiempo de forma precisa, pero murió antes de conseguirlo.

El columpio es bastante parecido a un péndulo. Para conseguir una mayor amplitud en cada ida y venida hay que añadir energía y la forma de hacerlo es acortando el péndulo que forman las cuerdas del columpio – pero ha de hacerse el momento preciso. El truco está en balancearse para doblar las cuerdas, levantando el ombligo para que el columpio forme un «triángulo» que produce el acortamiento; en cada pasada se añade un poquito de energía, hasta lograr un buen impulso.

El péndulo, marca nuestra vida; el columpio, el impulso, la fuerza con la que vivimos”

El 8 de enero de 2017 el impulso, la fuerza con la que vivía la vida, su vida, quiso impulsarla más alto, la hizo volar, romper fronteras... y su péndulo terrenal se detuvo. No podíamos o no queríamos creerlo, nos costó y nos sigue costando aceptarlo, pero la realidad se impone y hoy quiero brindarle mi homenaje por tantas y tantas cosas que nos dejó como legado.

Y parece que fue ayer y han pasado 11 años, Aranjuez 2006, el reencuentro después de 40 años. Parece que te estoy viendo, oyendo y... tu famosa frase “mamá, me tiembla el culo” que siempre recordábamos, recordamos y recordaremos. Corrías de un lado para otro, abrazos y lágrimas, suspiros... tus ojos brillaban alegres y repetías sin parar ¡qué alegría! Y otro achuchón... largas conversaciones, karaoke ¡cómo lo pasamos! Y dura despedida después de aquellos maravillosos días.

Y se fueron sucediendo los encuentros formales e informales: días del Pífanos, Toledo, 6/6, 7/7... Santiaguino y allí siempre estabas contra viento y marea, venciendo todas las dificultades y, sin saberlo ni presentirlo, Sevilla fue tu despedida.

¿Sabes, Loli? estás cerca y estás muy lejos; echo de menos aquellos chateos en los que nos reíamos tanto y que se fueron al garete con el cambio de servidor; eran una cita casi obligada; a partir de las 22.00 horas nos íbamos incorporando, se puede... buenas noches, ¿cómo estamos?... y de pronto aparecía uno nuevo, decías: asoma la patita... dínos quién eres, pero no respondía, seguía ahí calladito y nosotros picando, se marchaba sin decir nada... nueva entrada ¿quién será? ¡oye, asoma la patita! y respondía, se quedaba... y así se fueron tejiendo otras relaciones, otras amistades ¡cómo te reías! ¡cómo pinchabas! luego decías ¡qué malos somos! jaaaaaa .

Echo de menos tus largas conversaciones telefónicas en las que se detenía el tiempo y hablábamos de todo, de nuestros malos y buenos momentos, cambiábamos impresiones, comentábamos nuestras preocupaciones, nos animábamos ¡ay, Loli! ¡cómo te añoro! Añoro tus wasaps con los vídeos y las fotos de tus nietos, en ellos compartías cómo iban creciendo; las fotos de tus instantáneas curiosas, de tus flores... Ahora me consuelo mirando tu

foto permanente y congelada en ese triste 26 de diciembre y te hablo... hoy la he mirado un par de veces y he ido y me he servido una birrita y he dicho ¡por ti! como hicimos tantas veces.

Alguna lagrimilla ha empañado mis ojos, he tenido que detenerme ¡son tantos recuerdos! Y siento una pena inmensa por no haber podido darnos un abrazo el 5 de diciembre como teníamos previsto, tu salud ya no lo permitió. Te prometí ir a celebrar tu cumpleaños, pero... la realidad se impuso a los deseos. Nos felicitaremos y nos abrazaremos el día de mi último viaje, seguro que entonces nos encontraremos. Pero no voy a seguir con añoranzas, tenía que expresarlo porque mi corazón lo necesitaba.

Retomo el inicio: el péndulo y el columpio, no sé la razón pero cuando dije que escribiría algo sobre ti para esta nueva cita pinfantil te asocié con ambos elementos y me pregunté el porqué, busqué su significado y encontré las citas con las que he comenzado; fui desgranando, asociando: Loli, sé que eras un péndulo lleno de vida, marcabas perfectamente el ritmo de tus tiempos, luchabas incansablemente por tus ideales, por tu vida hasta el último momento y te fuiste con paz dejando una estela de grandes y buenos recuerdos.

Una mujer cabal; recuerdo haber leído hace tiempo una definición sobre la persona cabal, la guardé porque me gustó y hoy la transcribo porque te define: “aquella que está en armonía y de sus virtudes se desprende la aptitud y actitud sujeta a la honestidad y la claridad mental...” Se te aplica perfectamente. Ya no te puedes poner colorada pero seguro que desde donde nos contemplas te estarás riendo.

¿Y por qué columpio? Sencillamente por el impulso, por la fuerza con la que vivías la vida: la familia, los amigos, los deseos, las ilusiones, las alegrías, tus verdades, y ¿por qué no?: tus mentiras, tus desengaños, tus tristezas, porque también formaron parte de tu vida.

Y también me viene a la memoria, ya sabes que soy una persona de recuerdos, un poema de Gerardo Diego titulado así y que creo que también te refleja y que él, además, expresó gráficamente: “A caballo en el quicio del mundo un soñador jugaba al sí y al no Las lluvias de colores emigraban al país de los amores .

*“A caballo en el quicio del mundo
un soñador jugaba al sí y al no
Las lluvias de colores
emigraban al país de los amores
Bandadas de flores
Flores de sí,
Flores de no
Cuchillos en el aire
que le rasgan las carnes
forman un puente
Sí
No
Cabalgaba el soñador
Pájaros arlequines
cantan el sí
cantan el no”*

Hoy, al contemplar el reloj antiguo que hay en mi casa, veo y oigo el péndulo marcando los segundos, los segundos que la vida nos regala, que tenemos la oportunidad de poder disfrutar y agradecer; péndulo y vida van unidos, marcan el ritmo, pero cuando llega el momento, se

detiene y un péndulo invisible comienza una nueva andadura que llamamos eternidad, allí nos encontraremos.

Y paseando por la vida en nuestros parques encontramos muchos columpios, en ellos se columpian niños cargados de ilusiones, reflejo de la realidad de la vida; los mayores, junto a ellos, los impulsan, los acompañan y ellos van aprendiendo a tomar ese impulso que les lanza; aprendimos de nuestros mayores, de nuestro pasado, nos impulsaron e impulsamos y llegamos a la meta con un legado, tú lo entregaste antes, otros no sabemos cuándo, nuestra misión es estar preparados.

El columpio y el péndulo, el péndulo y el columpio, nuestras vidas, nuestros tiempos, nuestro impulsos, nuestras paradas, nuestros encuentros y nuestras despedidas, nuestros anhelos... todo forma parte del entramado, del misterio, del vivir y del morir, del soñar y el despertar, de lo real y lo irreal, del ayer, del hoy y del mañana y sólo importa el ser y el dejar en el camino las señas de identidad de ser buena gente: bondad, amabilidad, confianza, honradez, coherencia, generosidad, entusiasmo... y todo eso nos dejaste tú ¡gracias por tu amistad!

MI INFANCIA SON RECUERDOS

Natividad Jaime Santamaría

Nunca pensé que un día escribiría los recuerdos de mi infancia pero en cierta ocasión alguien me preguntó ¿Qué recuerdos tienes de tus primeros años?, fue entonces cuando vinieron a mi mente en tropel cantidad de recuerdos que intentaré plasmar en este relato.

Cogiendo prestada la frase del gran Machado... “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla”, yo cambio por “una calle”, si, de una calle de un pueblo, una calle como las hay a miles por nuestra Geografía, pero una calle muy particular porque era la mía, en ella estaba la casa en la que vi la primera luz y en la que se extinguió la de mi padre. Una calle en la que viví hasta que salí camino del internado, en la que pasé una infancia feliz, llena de juegos travesuras y anécdotas. Eran años en los que todavía jugábamos en la calle, niños y niñas juntos, nuestros juegos eran variados, la comba, las tabas, las chapas, la “zancarrilla” en otros sitios llamada “rayuela”, el escondite , el pilla-pilla , los cromos que había que voltear ahuecando la mano dando un golpe y que requería gran habilidad, los boletes, aquellas bolas de barro de distintos colores a los que pegábamos con la “tinadera” una bola algo más grande; todavía no conocíamos las “canicas” de cristal... No había actividades extraescolares quitando la “catequesis” y por eso después de la escuela solo jugábamos, hacíamos una parada para merendar y aunque eran tiempos de escasez y no sobraba nada en ninguna casa lo hacíamos donde pillaba, cualquiera nos daba una trozo de pan con chocolate o una rebanada de pan con aceite y

azúcar, incluso a veces el aceite se sustituía por vino. Todo estaba buenísimo, no necesitábamos nada más.

La calle de mis recuerdos era estrecha, casi no cabía el carro del hortelano que allí vivía ya duras penas un coche de ahora pero tenía vida, establecimientos de todo tipo a ambos lados, desde una entidad bancaria en la que veíamos a los empleados muy trajeados a una tienda de ultramarinos en la que vendían de todo, pequeña pero bien surtida, aun veo al dueño con su guardapolvo azul grisáceo. Recuerdo cuando llegó el caldo “Texton” ya todo el que pasaba le ofrecían un tazón de aquel caldo recién hecho que según decía la propaganda iba a ahorrar muchas horas de cocina a las sufridas amas de casa. Era una degustación en toda regla.

No quisiera olvidarme de ningún establecimiento porque todos tenían su encanto. Había una fontanería, una pequeña librería con un dueño al que hacíamos rabiara menudo y él respondía con cara de amargado. Una curtiduría de pieles que despedía un desagradable olor que contrastaba con el que emanaba de una pequeña fábrica de chocolate situada a pocos metros y en la que solíamos hacer cola para ver si nos daban un cachito de aquel dulce tan delicioso... Una carpintería, una carbonería, un almacén de lanas y otro de compraventa de pelo natural, una tapicería, una imprenta en la que volvíamos locos a los empleados con el afán de que nos dieran recortes de papel con los que nos fabricábamos libretitas; hoja a hoja íbamos pegándolas con nuestro pegamento particular hecho a base de agua y harina, quedaban hechas un primor, eran tiempos de carestía y aguzábamos el ingenio.

Había también un almacén de zapatos, era grande y en alguna ocasión llegamos a jugar al escondite entre las estanterías, (la zapatería estaba situada en otra zona). Justo al lado estaba la alpargatería totalmente artesanal, allí

pasábamos horas embobados viendo como sobre una mesa inclinada de madera manejaban el esparto hasta dar forma a las suelas y después todo el proceso hasta poner las vetas y ver finalizada la alpargata. Se daba la circunstancia de que el alpargatero, era natural del pueblo de mi madre en el que no había más industria que la alpargata y allí ella en su juventud también las había hecho; nos unía una gran amistad y quizás por eso el hombre tenía tanto aguante con nosotros.

He dejado para el final del recorrido los dos bares, si, había dos bares, uno justo debajo de mi casa y el otro unos metros más alejado, allí hacíamos acopio de chapas para nuestros juegos; tenían su razón de ser ya que justo enfrente, ocupando gran parte de la calle estaba la fachada del teatro que también era cine y los días en que había espectáculo tenían la clientela asegurada, las películas se proyectaban los días festivos.

Aquí quería llegar, la joya de la calle. Teatro Principal era su nombre, así figuraba en grandes letras en su fachada. Lo recuerdo con precisión, tres grandes puertas, una para tramoyas y utensilios, otra para la entrada a platea, palcos y anfiteatro y otra para el “gallinero”. Cada categoría tenía un portero. Llegué a conocer el edificio y patearlo de arriba a abajo. Los palcos y plateas estaban tapizados de terciopelo azul, los asientos muy cómodos, mullidos, nada que ver con los del anfiteatro, asientos corridos, de madera en varias filas y ¡que decir! de los del gallinero que eran gradas de cemento. Era aquí, arriba del todo dónde podíamos acceder con menos dificultad, el portero, era un buen hombre al que la chiquillería de la calle mareábamos para que nos dejara entrar, puedo decir que lo acosábamos y él se dejaba querer, se hacía el duro pero al final cedía, creo que por aburrimiento... Nunca se nos ocurría pedirselo a los otros porteros. En

contadas ocasiones según su estado de ánimo se negaba en redondo, no había manera de convencerlo y es entonces cuando recurriamos a los soldados que eran los clientes más accesibles, en aquel entonces, en el pueblo, había un gran destacamento militar en el que hacían la mili aquellos jóvenes provenientes de muchos lugares de España y los domingos cuando salían del cuartel, muchos se acercaban al cine. Nosotros al verlos con su entrada en la mano nos arribábamos a ellos y poniendo cara de buenos les decíamos ¿me entras? Y normalmente pocos se negaban. Si la película no era tolerada, no entrábamos de ninguna forma. Una vez dentro, si la cinta nos gustaba, nos manteníamos sentados y atentos pero si no era así empezábamos el periplo de llegar al escenario por todos los recovecos que alguien había descubierto antes... Nos conocíamos todos los rincones, nada del edificio tenía secretos para nosotros. Aun hoy me pregunto ¿Quién sería el primero en tomar la iniciativa?

Conseguíamos llegar hasta los camerinos de los artistas, en un pasillo cuyas ventanas daban a la calle estaban todos, quedaban justo enfrente de mi casa y mi madre se asomaba a su ventana en los días que había función de teatro o “varietés” para ver el ambiente de la calle, la gente iba con sus mejores galas. A veces las artistas, conversaban con ella de ventana a ventana. Yo recuerdo verlas pasar con sus coloridos trajes de plumas y lentejuelas.

En los días que había función de un tipo u otro, en el portal de mi casa se sentaba una señora mayor (la veíamos como una abuela) con un gran canasto lleno de chucherías de las de entonces, nada que ver con las exquisitices de hoy en día. Tenía pirulís, bolitas de anís, caramelos, regaliz, cacahuets con cáscara, pipas de girasol y de calabaza, almendras garrapiñadas, boletes, yoyos y pisto-

nes. No faltaban los litones, luego supe que eran el fruto del almez; eran unas bolitas que pasan del verde al marrón y al final al negro que es cuando son comestibles, pequeñas como guisantes que dentro tienen hueso; el sabor es bueno, la gracia estaba en tirar el hueso a través de un canuto hecho con una caña, apuntando a las piernas y brazos del contrario, normalmente las dianas solíamos ser las niñas, nos traían mártires pero la verdad es que nos defendíamos lo mejor que podíamos. Más de un jersey, vestido y pantalón llegó a estropearse con tanto litonazo.

En los días de lluvia o frío, la abuelita se refugiaba dentro del portal, era grande, siempre estaba abierto y podía venderlo mismo que en la calle.

En mi recuerdo están también algunas de las travesuras que hoy moverían a risa. Empujar la puerta de los establecimientos y salir corriendo, llamar en los portales con el picaporte (no habían llegado los timbres) y esperar a que salieran a reñirnos y, a veces, incluso esperar que nos echaran un jarro de agua.

Pienso que lo del agua debía ser algo que nos gustaba mucho porque recuerdo en los días de verano con un calor sofocante en los que no caía una gota de lluvia, los operarios del ayuntamiento iban regando las calles con una gran manguera para refrescar un poco el ambiente y los críos nos acercábamos a ellos cantando “la manga riega, que aquí no llega, si llegaría, me mojaría”, luego echábamos a correr y ellos nos seguían con un gran chorro hasta que nos mojaban. Era todo un divertimento.

Cuando llegaban las fiestas del barrio, nuestra calle participaba con ilusión y se engalanaba con banderitas que hacíamos con papel de seda de todos los colores, entonces se organizaban juegos; carreras de sacos, cucañas,

concursos de parchís, de chapas, de boletes... etc. y sabrosas chocolatadas con dulces que preparaban entre todas las madres. Eran días distintos y los disfrutábamos.

Han pasado los años y mi calle sigue siendo mi calle pero... de aquellos establecimientos no queda ninguno, uno a uno fueron cerrando o se trasladaron a otros sitios. El bello teatro que ahora se me antoja como una cajita de música desapareció en aras de la modernidad construyendo en su lugar un bonito y funcional cine que para nosotros dejó de tener interés ya que ni siquiera tenía la entrada por la calle y que en unos años dejó de funcionar y hoy está abandonado. Los dos bares se cerraron y ahora ha vuelto a abrir uno reconvertido en un moderno y coqueto restaurante. Tampoco quedan las familias que la habitábamos, los mayores, poco a poco se fueron marchando, los niños crecimos y también la abandonamos. Ahora queda solo su nombre en una esquina y el recuerdo que dejó en mí.

EL DÍA QUE SU MAJESTAD INFERNAL VISITÓ EL CHOE DE PADRÓN

Miguel González Quevedo

En nuestra infancia escolar predominaba en las mentes de nuestras maestras un refrán de procedencia sajona “La letra con sangre entra”, bueno yo creo que la sangre al río no llegaba pero sí que estaba presente en nuestro devenir diario.

Pero como este refrán no causaba el efecto previsto a la teórica sangre iban añadiendo pequeñas dosis de terror infernal con la amenaza del castigo eterno y similares.

El colegio de Padrón era un caserón vetusto de tres plantas, a la planta baja se accedía por el patio y se ubicaban los wáteres, el dormitorio de las sirvientas “las chicas”, la leñera, los lavaderos y el salón que servía especialmente como zona de recreo los días de lluvia y lógicamente para los actos oficiales.

En la planta del medio estaban las clases, cuyas ventanas daban a la carretera y al perímetro exterior por una parte y por otra al patio que estaba en la zona inferior, la capilla, el comedor y las cocinas.

Por último en la planta de arriba estaban los dormitorios, la enfermería y la comunidad (territorio privadísimo de las monjas donde estaba prohibidísimo entrar bajo el castigo de condenación eterna y paliza en grado superlativo).

Esta exposición aproximada de lo que era físicamente el colegio ha sido necesaria para poder comprender los he-

chos que vamos a contar los que no gozaron de la dicha de ser temporalmente padronenses.

Al principio del inicio en las actividades del colegio como tal todo iba más o menos bien (Hacia 1946-7), pero en los años posteriores el tejado se fue deteriorando con las lluvias y llegó un año en que a la que caían veinticuatro gotas se inundaba el dormitorio y nos teníamos que pasar la noche cambiando las camas de un sitio a otro por lo que se tuvo que reparar todo el tejado. El problema era donde recolocar las camas mientras durasen las obras, la solución que se buscó fue habilitar unas clases del primer piso y convertirlas en dormitorios.

Desde luego esta medida en teoría no era suficiente pero no recuerdo que otras se adoptaron en este aspecto, lo que si tengo la absoluta seguridad que las clases cuyas ventanas daban directamente a la carretera acogieron durante un buen espacio de tiempo nuestros sueños.

El problema era que en la planta donde estaban las clases no había ningún wáter y por lo tanto para aliviar las necesidades perentorias de la noche había una pequeña serie de problemillas. El primero era que la clase quedaba absolutamente a oscuras cuando se apagaba la luz, cosa que no ocurría en el dormitorio en que siempre había alguna luz encendida. Por lo tanto si te levantabas tenías que ir tanteando hasta llegar a coger el pomo de la puerta y al abrirla ya entraba la luz del pasillo; luego teníamos que ir hasta la escalera y bajar a la planta baja donde estaba el wáter.

Un buen día Radio Macuto nos despertó con una noticia sensacional.

Aquella noche el mismo Demonio en persona se había paseado por el colegio, por fortuna no se había llevado a

ningún pinfanillo pero... ¿Qué hacía aquel elemento tan peligroso rondando por allí?

No acababa ahí la cosa, cuando se abrieron los postigos de las ventanas de las clases-dormitorio, todos los cristales estaban pintados de llamas de fuego y signos demoníacos. Aquello de por sí ya era terrorífico.

Poco a poco Radio Macuto fue ampliando la información, un alumno había ido al váter a medianoche y al ir a subir la escalera para volver a la cama de lo alto del piso de arriba sintió que alguien le llamaba con un “chist” miró hacia lo alto y vio al demonio apoyado en la barandilla de la escalera mientras que con una sonrisa burlona le indicaba con el dedo que subiese hasta el último piso donde él se encontraba.

Temblando de miedo comenzó a subir el primer tramo de escaleras poco a poco y cuando llegaba al primer piso echó a correr hasta llegar a la clase donde entró y rápidamente cerró la puerta y se metió en su cama.

Esta fue la historia de lo que ocurrió (o no) una noche de los alrededores de 1950 y que propició que durante las noches siguientes nadie se atreviese a ir solo al váter por la noche y que se formasen grupos para ir siempre acompañados.

En cuanto a las pinturas de las ventanas, da la casualidad de que las que pintaron estaban a pie de calle, o sea que para pintarlas quien lo hiciese no necesitaba ni una escalera, cosa que no ocurría en las ventanas del dormitorio que estaban en el piso de arriba.

Y YO ME PREGUNTO ¿QUIEN DIABLOS TUVO TAN GENIAL IDEA?

EL SILENCIO ROTO

María Blanca Blanquer Prats

En la ciudad antigua, en el barrio antiguo salpicado de edificios palaciegos, iglesias y conventos, con sus pequeñas tiendas y oficios que satisfacían todas las necesidades, varios colegios y solo dos escuelas, una para niños y otra para niñas, en que aprendían sus primeras y, quizá, últimas letras.

Las familias que allí habitábamos nos diferenciábamos por la altura de las viviendas: Áticos, que eran solo porches, y plantas bajas estaban destinadas a los porteros, artesanos, obreros. Despertaban con el sol y regresaban a última hora de la tarde con los pies cansados y la espalda inclinada bajo el peso de la fatiga. A partir del primer piso residían los señores del despertar tardío que guardaban su intimidad tras los cortinajes.

Los niños de las escuelas iban solos, con ropas que siempre parecían demasiado grandes o pequeñas para su edad y un babero de rayas ondeando en el antebrazo; los niños de colegios salíamos siempre acompañados, con relucientes uniformes. Estábamos educados en el santo temor de Dios, el miedo al demonio, la obediencia a nuestros padres y el respeto a los mayores y vecinos, lo que coartaba nuestras voces que no podían elevarse más allá de ciertos límites ni permitirnos ademanes considerados soeces o pronunciar palabras tenidas groseras.

Los niños de las escuelas no debían sentir tantos miedos ni respetos ni coacciones porque se reunían por las calles, vociferaban, e insultaban al jugador que no había conseguido colar la pelota de trapo en el imbornal que,

previamente taponado con un viejo periódico, se usaba como portería.

Mis atalayas estaban en los balcones de casa agazapada detrás de las barandillas, oculta por las plantas; porque me fascinaba el desenfado de aquellos niños a los que no osaría aproximarme para que mi Ángel de la Guarda no presentara su dimisión irrevocable. Pero entre ellos hubo uno que se incorporó al álbum de los primeros recuerdos; era fuerte y delgado, el pelo rubio y áspero descendía sobre la frente hasta las cejas y entre sus facciones pequeñas destacaban unos ojos rectilíneos de pupilas tan grandes y tan intenso azul que parecía no tener córneas. Nos cruzábamos en algún punto del recorrido desde mi casa hasta el colegio y pasaba muy cerca de mí dejando atrás el olor de jabón que expelía su babero. También formaba parte de los juegos callejeros y capitaneaba a su tropa con diversos gestos sin que jamás alzara la voz y pudiera llegar a mis oídos.

Ingresé en el internado dejando atrás mi ciudad, mis balcones y mis niños para subir a un tren con lágrimas de despedida y soportar en el duro asiento el trayecto que, a la sazón, duraba casi un día. Caras nuevas, una forma diferente de disciplina, monjas maternas que intentaban hacernos un hogar imposible y solidaridad entre las alumnas que resultaba imprescindible cuando se formaba parte de la pandilla más revoltosa de las aulas: Las niñas visitaban la Capilla para orar y pedir gracias a la Virgen y, como suponíamos que tanto ruego la abrumaba, decidimos que en los recreos haríamos nuestra visita para alegrar a la Santa Madre contándole un chiste. La preciosa imagen permaneció siempre impassible mientras nosotros sofocábamos las risas y, en una de esas, nos pilló la superiora que tras acusarnos de un montón de irreverencias nos impuso un severo castigo. Una vez nos

colamos en las buhardillas para curiosear en los baúles que guardaban las religiosas con el único fin de averiguar su nombre verdadero y alguien echó la llave por fuera; un par de horas más tarde dieron con nosotras y el alivio del encuentro no aminoró en absoluto la reprimenda y amenaza de expulsión que cayó sobre nuestras cabezas. Una tras otra, entramos en el ranking de los “trastos” del Colegio y cuando ya de exalumnas nos volvimos a reunir con las religiosas y les contamos nuestras motivaciones hubo una reconciliación universal al abrigo del cariño que nos profesábamos todas.

Día tras día, año tras año, el alma conservaba las esencias de la sumisión y, a pesar de ello, a medida que nuestros cuerpos se desarrollaban y ensayábamos ocultas los efectos de un colorete sobre las mejillas, brotaban los primeros síntomas de independencia.

Durante las vacaciones vi muchas veces al niño de los ojos rectos y la primera vez que se cruzaron nuestras miradas descubrí en ellos el fulgor de dos centellas que me atravesaron; me ruboricé y sentí que el azote de un escalofrío me laceraba todo el cuerpo. Algo en él me asustaba y en cuanto atisbaba su figura me temblaban las piernas y procuraba desviarme del camino; sin embargo, los encuentros, en el reducido ámbito de nuestro barrio, eran inevitables y cada vez que nos veíamos se repetía en mí idéntico fenómeno. Uno y otro sólo éramos conscientes de que ambos existíamos, que formábamos parte de la comunidad de un barrio pacífico limitado en sus espacios e infinito en nuestros afanes.

Empecé la Universidad. Estaba un poco más lejos que mi primer colegio y volví a mi antiguo recorrido. La Facultad de Derecho nada tenía que ver con mis anteriores experiencias estudiantiles y gozaba distribuyendo mi tiempo para compatibilizar los estudios con los concier-

tos, el teatro, el orfeón, el deporte universitario, cine clubs, lectura y comentario de libros, para lo que necesitaba planificar hasta el último segundo de mis días. Pero no fueron estas las únicas inquietudes porque me había instalado en la década de las transformaciones y Bethoven, Bach, Mozart o Vivaldi iban apagando sus notas y dejaban para dejar paso a los ritmos del swing, los blues de Littel Walter, el vértigo de Elvis Presley, el inicio de los Beatles, Los Pantalones Azules, Los Milos, o las voces de cantantes surgidos de las propias aulas, como Vicente Castelló, Bruno Lomas y Raimon.

Los guateques dominicales dejaron de ser pacíficos y los bailes inspirados en nuestra nueva música tan poco acordes con los vestuarios tradicionales que Mari Quant se incorporó a nuestros armarios acortando poderosamente las faldas, nuestros héroes cinematográficos distaban de ser los buenos situando entre las preferencias a los rebeldes, con o sin causa. La adolescencia entre brumas, la discrepancia frente a los dogmas, resplandores del aura construidos con el fervor de una muralla que detuvo golondrinas del ayer para albergar a los jilgueros del mañana. El único consuelo para las familias era la abundancia de jóvenes inconformistas que a nadie odiaban pero se habían prendado en las utopías.

Volví a encontrarme con el niño de los ojos rectos convertido en un hombre joven. Al volver de mis clases estaba delante de su portal, la espalda contra el muro, las manos atrás y el rostro hermético, los ojos rectos que me esperaban, me seguían, y para atenuar su resplandor yo elegía la acera de enfrente estableciendo entre los dos el abismo de unos pocos metros. En una ocasión asomó por la ventana el rostro macilento de una mujer y le dijo “Rafa, la comida ya está...” Él no respondió, volví a perder la oportunidad de saber cómo era su voz pero había

aprendido su nombre: Rafa. De nuevo al atardecer su presencia constante, en la calle paralela por la que acudía a mis citas y él departía con otros jóvenes que bajaban la voz cuando yo doblaba la esquina, le musitaban frases, sonreían y esbozaban algún movimiento de empuje a la estatua marmórea e infatigable.

Confieso que en alguna ocasión pensé en abordarle y preguntar el porqué de su mirada insistente; y también he de confesar que si no lo hice fue por el temor a su respuesta. ¿Qué me podía decir? ¿Que yo me interponía en su paisaje? ¿Que tenía todo el tiempo del mundo para contarme...? Quizá podía acercarme y decirle “Yo soy Cristina” como pago de la deuda contraída por conocer su nombre... Y seguía adelante, con el último reducto de mis miedos y algo en mi interior que se complacía. Hubo una ocasión cuando visitaba en compañía de un amigo la rotativa de su periódico y desde la plataforma le vi junto a una máquina enfundado en un mono azul de trabajo; hierático, como si toda la nave se hubiera convertido en un desierto cubierto por el cielo oscuro en que brillase su única estrella. ¿Quién es ese chico? Mi amigo me respondió que no tenía ni idea. Nos fuimos; sé que algo mío se quedaba allí y que me llevaba algo que no me pertenecía.

Terminé la carrera e inicié la de la propia vida como el árbol cuyas ramas desconocen cómo será el sabor de sus frutos, los sueños colapsados ahogándose en salitre de lagos encogidos y en la selva del mundo aparecí como gacela cercada, escindida del calor de la manada que, por vez primera, me dejaba sola. Mis manos sudaron para flotar en un río que me llevase al futuro y brotaba de los manantiales de las dudas y el hastío.

El primer día que entré como pasante en un bufete de Abogados empezó mi pasantía trasportando legajos y buscando los Aranzadi; pero como nadie me impidió leer

los escritos y, ocasionalmente, acompañaba a mis maestros a los Juzgados, me atreví a opinar acerca de algunos temas al parecer con acierto bastante para que me encomendasen mi primer Recurso contra una multa de tráfico y mi primera Demanda en reclamación de cantidad en las que puse tanto empeño como si con ello fuera a distribuir las riquezas del mundo entre todos sus habitantes. Vinieron otros Recursos, otras Demandas y, poco a poco, otros casos más difíciles cuyo planteamiento no mereció reproche alguno de D. Manuel, el Abogado Jefe, y sorprendieron gratamente en el despacho que un par de años después me relevarían de la pasantía integrándome en el equipo jurídico.

Abría devota los oídos a las palabras de nuestros clientes, hice míos sus problemas y lloré y reí con ellos. La cartera era muy amplia, banqueros o desahuciados, asalariados y patronos. Conocía a tantas entidades y personas que me pregunté si alguna vez el trabajador en la rotativa de un diario no sería alguno de los que llamaban a la puerta solicitando nuestra ayuda.

Otros eran ya a los que llamaba amigos o compañeros, con los que compartía el trabajo, los viajes y las fiestas, y aparecieron los primeros amores eternos que fenecían prontamente hasta que, al fin, uno de ellos lo fue y ambos hicimos un proyecto de vida en común que consagró nuestro matrimonio.

Me alejé para siempre de mi barrio a otro más moderno en que eché de menos las pequeñas tiendas y la familiaridad de los vecinos porque los geométricos trazados y las amplias avenidas que surgen del proyecto de vida administrativo poco tienen que ver con la aglomeración de familias que se hermanaron para compartir el agua de un río o cobijarse a la sombra de una Iglesia. Mi familia lo haría un poco más tarde, y nunca volví a ver los ojos

azules y rasgados ni el fulgor de sus centellas estremeció mis pensamientos.

Era absolutamente feliz con mi matrimonio; todo lo compartíamos, y cuando él regresaba del hospital adivinaba el desarrollo de su jornada por la expresión de su rostro y celebrábamos los éxitos o le acompañaba en silencio mientras el consultaba en sus libros de medicina acerca de algún difícil diagnóstico. Los viernes cenábamos con los amigos y el sábado buscábamos algún destino de soledad compartida, unas horas que eran solo nuestras, y yo me las arreglaba en el despacho para acompañarle a los Congresos Médicos que nos llevaron a distintos lugares de la geografía. Cuando me propuso abrir su propia clínica habíamos alcanzado una de las metas que nos señalamos desde el principio y aunque disponíamos de menos tiempo libre los dos estábamos encantados.

Mi madre me ayudó mucho con los tres niños que ya teníamos a los cinco años de casados y aquella diminuta prole que nos hizo tan felices se encargó de complicar nuestras vidas que asumieron las suyas como prolongación de las nuestras

La cuarta vez mi madre nos había dejado y tuve serias complicaciones durante el embarazo; la niña nació prematuramente con graves problemas y a pesar de tener un médico en casa pasamos un año largo entrando y saliendo de urgencias, confundidos los días y las noches ante la pálida fragilidad amenazada y una angustia perenne que se traducía en una oración continua. Dejé de trabajar porque el caso más importante que tenía que resolver era salvar la vida de mi hija.

A los veintidós meses le dieron el alta sin que ello obstase para someterla a una vigilancia permanente; la mí-

nima alteración del color de sus mejillas me ponía en guardia y hasta que cumplió los seis años no la llevamos al colegio por miedo a los contagios de las enfermedades infantiles. La acompañaba, la esperaba a la salida, preguntaba a las profesoras sobre como había transcurrido la jornada y me esmeraba en mantener el horario de sus tratamientos y el régimen alimenticio a que estaba sometida.

Los niños iban creciendo; cada vez que apagábamos las velas de un cumpleaños se encendía en mi mente la chispa de un nuevo sistema para multiplicarme. Me sometí al imperio de una agenda que señalaba el destino de mis horas y se oxidaron los tiempos pasados sustituidos por otros que forjaban por igual el amor y el sentido del deber que se imponía a mis actos y mis pensamientos se tradujeron en renglones sobre los que escribir las horas sin permitirme un solo desvío. Días de obligación, noches de desvelos y sobre todo ello la dicha compartida de que mi familia crecía en el abrazo de las palabras extendiéndose en la llanura verde de las adolescencias y la primera juventud que señalaba el inicio de nuestro propio declive. Sanos, estudiosos y en algún caso brillantes, es lo cierto, pero tuvimos que adaptarnos a otras canciones, a la estética de los vaqueros rotos, a las uñas pintadas de colores impensables, a las salidas nocturnas, a la emancipación de las deliciosas vacaciones familiares y a las exigencias de una generación que consideraba como derecho propio lo que otros habían conseguido con su imponderable esfuerzo. Ya no solo escuchaban, sino que debatían y a partir de entonces nos resignamos a aceptar que en la continua guerra generacional ya estábamos al otro lado. Se adormeció mi imaginación hasta sumirse en un letargo y al descubrir en la sien los primeros cabellos blancos comprendí que la nieve de los inviernos dormidos había

congelado una parte de mí que, a fuer de lejana, quizá no había existido.

Todo lo soporté feliz mientras me alentaba el sentido de la familia pero empezó otra clase de sufrimientos: La sensación indemostrada de que algo no iba bien en mi matrimonio revelada por aquellas minucias que solo una mujer enamorada es capaz de comprender: Demasiadas guardias, excesivas reuniones, frecuentes ausencias y aquella forma de mirar cuando sus ojos se posaban sobre mí haciéndome sentir que no me veía.

A continuación fueron los niños convertidos en objetivo de sus reproches porque, según él, siempre habían estado demasiado consentidos y hacían lo que les venía en gana. Intentaba pacientemente hacerle comprender que a unos niños que sacaban tan buenas notas y eran tan cariñosos no podía reprenderles por las cosas propias de su edad entre las que no había ninguna que mereciese su condena; y entonces me decía que yo era la culpable porque era una sombra en el mundo que no se enteraba de nada.

Aquella frase me hizo meditar y tuve que darle la razón; habían pasado doce años desde que me había encerrado en casa y dedicado plenamente a aquellos hijos míos, que también eran suyos; como ya no aportaba mis propios ingresos solo tenía una asistenta dos veces a la semana; mi aspecto, siendo decoroso, en nada se parecía al de aquellos años en que rompía los moldes, mi cabello había olvidado lo que era una peluquería y los escasos momentos de descanso solo deseaba sentarme en una butaca con un libro entre las manos. Seguramente yo era responsable de que en el escaso tiempo que pasaba en casa no tuviéramos nada que decirnos y albergase una cólera apenas reprimida

Me llegó la oportunidad con motivo de una boda a la que asistiríamos los dos. Me sentí transformada y feliz, regada por la esperanza de que mi nuevo aspecto le afectase y cuando aparecí delante de él, temerosa y sonriente, me regaló una breve mirada añadiendo las palabras más hirientes que le había oído nunca: Si pensaba presentarme en la ceremonia con ese aspecto impropio de una cuarentona.

Fueron mis lágrimas más amargas; me miré en el espejo: El vestido era de un tono gris perla con suaves bordados, ceñido a la cintura y un pronunciado escote que pudo considerar excesivo pero, en ningún caso, excusaba su grosería. Era posible que le hubiera sorprendido; pensé que hacía demasiados años que había dejado de lado las modas y siempre buscaba ropa práctica y cómoda, casi nunca llevaba tacones y apenas me pintaba los labios. Esa tarde me empujaba sobre diez centímetros, había ido a la peluquería y me habían maquillado de forma que pensé que habían sacado de mi todo el partido posible y quizá un poco más. A mis años... había sobrepasado los cuarenta pero...

Después, alguna conversación telefónica que se interrumpía, un perfume extraño en su ropa... y el miedo se personalizó en una silueta definida y un nombre concreto. Me aferré a la esperanza de un amor pasajero porque la madurez se retrasa en los hombres y él seguía teniendo la apostura que me enamoró. No me daría por enterada, evitaría a toda costa que mis hijos lo supieran y el tiempo arrastraría su aventura para que volviera a posarse en el nido de su hogar.

Solo la pequeña seguía con nosotros; los mayores habían terminado sus estudios y apenas consiguieron el primer trabajo reclamaron la independencia que para la nueva generación consistía en vivir con quien fuera,

menos con los padres, aunque mi despensa, mi lavadora y las fiambreras con sus preferencias gastronómicas estaban a disposición de los ausentes que entraban y salían a su antojo y me demostraban que por muchas mujeres que hubiera en su vida yo era la única que siempre sería su madre.

Tuvo que ser la niña quien afrontara el problema que yo esquivaba; Su padre les había reunido a todos para darles a conocer una decisión que nos afectaría a todos y esperaba que ellos que eran jóvenes lo comprendieran.

—Son cosas que pasan, mamá... él no se atreve a decírtelo.

—¿Decírmelo? ¿Qué tiene que decirme?

—Papá quiere el divorcio... Espera que le ayudemos contigo, que estemos preparados porque en cualquier momento te lo va a plantear. Nosotros sabíamos que algo pasaba porque no se ha esforzado mucho en ocultarlo, los chicos le habían visto alguna vez y dice que es algo que viene de atrás, que hace muchos años que se enamoró de ella... Ninguno hemos reaccionado como él esperaba y me consta que se ha enfadado mucho pero tememos que sea algo irreversible. De verdad, mamá ¿No sospechabas nada?

Si, lo sabía; desde el primer momento, aunque me negase a creerlo, aunque fuera una verdad evidente que me negaba.

La temida conversación se produjo sentados los dos, frente a frente, conociendo de antemano cuales serían las palabras. Un par de horas durante las cuales evocó que las personas cambian y apeló al amor como ese sentimiento irracional que nos invade y esclaviza la voluntad porque él nunca quiso hacerme daño. No existe argumento alguno contra la irracionalidad alegada en su

defensa; hay otros, si, otros que se refieren a las transformaciones humanas por motivos de responsabilidades que a ambos atañían y yo solo había asumido.

La mañana que ratificamos el divorcio se acercó sonriendo y atajé su gesto de besarme. No éramos ya un matrimonio. No éramos amigos. De la persona que me enamoré no quedaba nada aunque yo siguiera pensando que un día existió y la que estaba a mi lado era solo una fotocopia de su imagen. Soporté con desagrado la separación de bienes que se limitó al piso que pagamos entre los dos y en el que yo, bajo ningún concepto, quería seguir. Él se haría cargo hasta que se vendiera y me entregó la mitad de su valor en un talón demostrándome que tenía más dinero del que yo siempre había creído.

Compré un apartamento de dos dormitorios que vestí sobriamente y empezó el largo duelo por la pérdida del ser que más había querido y creía volver a ver en el rostro de mis hijos que no se apartaban de mi lado y a los que tuve que corregir algunas expresiones porque el divorcio solo me afectaba a mí y ellos siempre serían sus hijos. Rechacé algunas llamadas, acercamientos sin sentido de gente que otrora frecuentábamos y rehusé invitaciones porque todas respondían a una curiosidad morbosa que yo no satisfaría.

Los niños se iban acostumbrando a la nueva situación; aunque nunca me hablaban de él hubo frases demostrativas de que habían asumido nuestro estado, incluso con mejor o peor grado lo aceptaban y poco a poco recuperaron el ritmo habitual de sus visitas.

Susana también se fue; había conseguido trabajo en una librería y compartiría piso con unas amigas. Mi pequeña se había hecho mujer y destrozaba con las garras de sus propósitos el cordón umbilical que yo nunca

rompí. Tenía que asumir que estaba sola, adentrada en la desconocida senda en que me había perdido y que el poco dinero que me quedaba se acabaría pronto y tenía que pensar en cómo sobrevivir sin molestar a nadie. Cuando no podía soportar los negros pensamientos me lanzaba a la calle sin un destino; erraba por las aceras, me detenía ante los escaparates, inaccesibles a mi nula economía, podía sorprenderme la noche en un lugar alejado al que nunca supe por qué llegué.

Sábado del mes de julio. Tras una noche de insomnio plagada de pesadillas escapé de la soledad de mi casa. Un sol abrasador plateaba el asfalto y los escasos viandantes, sin multitudes alrededor, podíamos diferenciarnos: Frente a una parada de autobús volví a encontrarle. Nos habíamos hecho mayores pero nada fundamental en él había cambiado: De repente se detuvo el tiempo y con él cesaron mis pasos hasta que quedamos frente a frente, sumergidos en la soledad de un mundo habitado por los dos, enredados por las miradas que se prendían de los ojos incapaces de ver los cuerpos para interpretar las almas y sentí que un profundo suspiro se transformaba en una palabra.

Rafa...

Prisioneros del inmovilismo en un molde arcilla, me embriagaba el aroma de su aliento con perfumes de madera y la zarpa del ayer rasgó sus labios que se entreabrieron para que una voz, tan fuerte y rumorosa que no pudo crear garganta humana y brotara del manantial en el que beben las mariposas me respondiera

Cristina...

Nos lo contamos todo desde el fondo del silencio roto; cosas que nunca pensamos, cosas que nunca supimos, cosas que pudieron acaecer y no podían quedar en el

olvido; derramamos lágrimas secas y reímos sin sonidos. Sus brazos desnudos tenían el color de mi playa y la cabeza se inclinaba sobre mí como el mástil abatido por la tempestad presto a recuperar la esbeltez que desafiaba el viento. Regresé a mí, a las pelotas de trapo, a las tertulias de los jóvenes en la plaza, inmensamente pequeña y delgada, el corazón prendido en la hoguera de su mirada y tanta debilidad que no podía apartarla de mis ojos.

Para que el tiempo recuperase su ritmo fue necesario que la sombra de una mano sobre su brazo nos despertara y contemplara el rostro de la mujer sembrado de una angustia infinita intentando desentrañar el misterio de mi nombre y los labios entreabiertos comprimiendo sus preguntas. El espacio que solo ocupamos solo los dos se llenó de edificios, de calles, de vehículos, de gente indiferente al prodigio de un encuentro; recobré la potestad de mandar sobre mis pasos y proseguir mi camino que en ese momento no me llevaba a ninguna parte. Detrás de mí, dos centellas azules se clavaban en mi espalda y me quitaban la fuerza. Al volver la esquina las piernas apenas me sostenían y hube de detenerme apoyándome en el quicio de un portal y pensé que éramos protagonistas de una obra sin argumento y habíamos abandonado el escenario sin saber el desenlace. En mis oídos y en mi mente el eco de una voz que me llamó como nunca me llamó nadie.

Me senté en un velador, bajo la sombrilla que me ofrecía la necesaria penumbra, encendí un cigarrillo y vi acercarse al camarero que tantas veces antes me había atendido.

—¡Vaya día insoportable! ¿Qué va a tomar la señora?

Con mano diestra arrancó el polvo del tablero y sonrió afable esperando mi confirmación.

— Un martini; blanco y dulce, por favor.

Pareció extrañado y se metió en el establecimiento.

Tuve la sensación de que la cafetería era mi lugar porque si la abandonaba rompería la columna de humo del cigarrillo sobre la que me elevaba galopando en el fuego de la brisa que prolongaba nuestro encuentro... Recordé las batallas ganadas, las pérdidas y la única a que jamás me enfrenté porque me lo impidieron sus ojos; acepté por igual las victorias y derrotas, pero no podría nunca perdonar lo que no me atreví a hacer nunca. Acaso toda mi vida, desde la última vez que le vi, estuvo encerrada en un paréntesis que se cerró cuando volví a verle.

Me olvidé de comer; frente al sillón en que me había desplomado había un retrato en que mi madre y yo sonreíamos frente a la cámara, precisamente cuando, a causa de mi ingreso en el internado, nos separaríamos por vez primera y ella quiso que ambas conservásemos ese recuerdo. En aquella ocasión mis ojos aún eran grandes y reidores y el rostro reflejaba un ardor que el tiempo había apagado. Porque yo había sido esa niña feliz que derrochaba cariño e irradiaba esperanzas, la que inventó el juego de policías y ladrones en que aquellos eran las monjas persiguiéndonos cuando escapábamos de las aulas para sentir el placer de oírlas correr detrás de nosotras. La de los chistes en la capilla, la buhardilla cerrada y tantas otras travesuras por las que se habían desbocado los potros de infancia hasta convertirme en un caballo alado capaz de ascender a la más alta de las montañas... Yo había tenido una vida, la vida que fue mía, quizá la que nadie pudo arrebatarme porque formaba parte de las raíces de mis recuerdos. El sol había girado en el horizonte y comenzó el dulce atardecer de las añoranzas.

La semana siguiente regresé a mi viejo barrio, a las estrechas calles cuyos edificios se mantenían por imperativo municipal aunque ya no existieran las mismas tiendas y fueran otras las plantas que asomaban a mis balcones. No encontré a ninguna portera sobre la silla de enea haciendo ganchillo porque los propietarios habían prescindido de este servicio y alquilado sus casas. Sobre las aceras polvorientas dejé las huellas de las pisadas que renovaba diariamente y levantaba la cabeza para contemplar el horizonte limitado por las aristas de las fachadas de las que colgaban algunas plantas silvestres capaces de producir flores aunque no tuvieran tierra... Mi viejo barrio guardaba el secreto de la paz y me acogía en su seno como otra madre que en anochecer me transmitía el mensaje de un principio. Jamás volvería ese parte del pasado en el que fueron posibles tantas cosas...

El viejo maestro salió a mi encuentro y me tendió los brazos. Con mi marcha del bufete había perdido a la que pudo ser la mejor abogada del equipo y aunque se sentía cansado seguía al pie del cañón porque no encontraba el momento de retirarse. ¿Acaso yo...?

Pude contarles mi tragedia, que seguramente ya conocía, pero no lo hice. Pude explicarle que algo llamado mi futuro estaba en sus manos y me callé. Sí, efectivamente, me gustaría volver a trabajar si es que aún era posible y lejos de ponerme inconvenientes manifestó su alegría porque había vuelto al lugar del que no debí marcharme nunca

Tuve que estudiar mucho, me atreví a consultar de nuevo, a pedir consejo, y aquellos compañeros, a los que tan poco ofrecía y tanto me dieron, me hicieron recordar que existía algo importante: El respeto.

Me costó menos de lo que esperaba habituarme a mi nuevo ritmo; comía con mis compañeros en una cafetería que estaba en la planta baja y, negándome a la integración en el club de viudas y divorciadas que parecían constituir mis antiguas amigas, solo de vez en cuando iba a un cine o un teatro y a través de la televisión me asomé a la sociedad de la que, voluntariamente, no formaba parte.

Solo algún atardecer, cuando alargaban los días y acortaban las noches; cuando la luna temprana se vestía de blancura entre las nubes del firmamento enrojecido y el viento traía aromas de azahar; recordaba al hombre que perdí en tan temprana edad que nunca pude llamar padre; a la madre que siguió siéndolo hasta que me la arrebató la muerte; a mi barrio, mi casa, mi colegio, la Facultad de Derecho, las actividades frenéticas a las que había dedicado y renuncié a convertirme, también yo, en la fotocopia amarillenta de la mujer que había sido.

Tenía a mis hijos, llegaban mis primeros nietos, mi nombre en una placa reluciente en la puerta del despacho y era consciente de que el destino que me reservaba la vida era como un juego en el que solo yo podía jugar las cartas.

Aún eran posibles tantas cosas...

FÁTIMA

Francisco Álvarez López

Habiendo comenzado mis estudios y por consiguiente parte de mi educación en un internado de monjas, a la edad de cinco años, siempre había creído que para ir al cielo era imprescindible ser cristiano. Pero ahora, superados los sesenta he visto y comprobado fehacientemente que ese no era un requisito indispensable.

La historia se remonta un año y medio atrás, cuando conocí a un muchacho llamado Soufián. Era una tarde del mes de abril cuando los últimos rayos de sol se colaban furtivamente por las cristaleras de la oficina. Casi no percibí su entrada porque apenas se dejaba notar, pidiendo perdón por si molestaba. Me pareció un joven educado y respetuoso, cosa que más tarde pude constatar. Venía a pagar el seguro de su coche, un pequeño utilitario con muchos años encima y algo desvencijado. Una vez que hubo salido, Pilar, la jefa, me puso un poco al tanto sobre el muchacho. Era un chico marroquí que rondaba la treintena y llevaba viviendo en el pueblo desde hacía unos diez años. Un joven, como dije, amable, de buenos modales y alegre, pero que últimamente se le veía triste porque su madre, llamada Fátima, no se encontraba bien de salud. Había dejado de trabajar para estar todo el día al cuidado de ella. Al día siguiente tenía que llevarla a París, donde residía su hermana, para que le siguieran el tratamiento de un cáncer de pecho que previamente había comenzado en Marruecos.

Con ese coche que tiene, es una temeridad el viaje, me dijo Pilar. Deberíamos llevarlo a reparar al taller de nues-

tro amigo Curiel. Ahora mismo llamo y le acompaño. Que se lo revisen bien de dirección, ruedas y frenos. Ah, y llénale el depósito, que seguro que estará en la reserva. Así cumplimenté la orden de Pilar a regañadientes de Soufián, porque alegaba no tener dinero para la reparación.

No te preocupes por eso, en estos momentos. Lo importante es poder viajar con ciertas garantías. Si algún día puedes, me lo reembolsas le dijo Pilar. Pero de cualquier forma, no hace falta que me lo des a mí personalmente porque me sentiré pagada si le puedes devolver el favor a cualquier otro que lo necesite.

Los días en el pueblo se sucedían con la monotonía acostumbrada de un típico pueblo castellano, sin mayores sobresaltos. El agua del Carrión seguía su curso y lo mismo sucedía en el Canal de Castilla, los conejos corriendo por el campo junto a los topillos y la gente dedicada a sus quehaceres diarios.

Ángel, el cura párroco, había creado un grupo de voluntarios para ayudar a los múltiples necesitados del pueblo. Personas con problemas económicos y sociales, que siempre hay más de los deseados. Familias desestructuradas, individuos en paro, desahucios en ciernes, recibos de luz impagados, necesidad de alimentos, etc....

Pilar y yo nos unimos al grupo y cada quince días teníamos una reunión en el salón parroquial para comentar y tratar de solventar los casos pendientes y los nuevos que siempre se presentaban. El primer problema que llevamos a la junta fue la necesidad de una silla doble de paseo y una cuna para los gemelos que iba a tener de forma inminente un matrimonio que vivía al lado de la oficina. Matilde, una voluntaria del grupo enseguida se ofreció dando una solución y consiguiendo lo solicitado. Gran

mérito el de Matilde porque en esos momentos también se encontraba en paro. Pero con el ánimo que le caracterizaba y el espíritu emprendedor que tenía, muy pronto empezó a trabajar de nuevo. Indudablemente recibió una merecida recompensa por su predisposición a la ayuda desinteresada.

Hacía tiempo que no sabíamos de Fátima y Soufián, cuando de forma inesperada aparecen de nuevo con Rizlan, hija y hermana respectivamente. Otro problema se había presentado y naturalmente debíamos implicarnos, pues inevitablemente le habíamos cogido un cariño especial a esta familia. Karima, la hermana de Fátima les había dicho que debido a la ayuda social que estaba recibiendo, no podían seguir residiendo en su vivienda, por lo que era preciso que buscaran una casa de alquiler. Cosa, por otra parte harto difícil, pues su capacidad económica era sumamente escasa. Así pues, nuevamente conseguimos solventar su perentoria situación. Pilar los empadronaría en su casa y a Fátima se le hizo un contrato laboral como empleada de hogar, cumplimentando todos los requisitos administrativos. De esta forma, su situación a partir de este momento resultaría más estable y tranquila pues en caso de necesitar tratamiento médico en España, ese tema tan importante, lo tendría resuelto a partir de ahora.

Un año entero pasamos con relativa calma, pero cuando a Fátima le iba a cumplir su contrato laboral, la tuvieron que ingresar en el hospital y esta vez la cosa parecía seria. Sus padres, que residían en Francia, vinieron a su lado pues el diagnóstico era fatídico. Al poco tiempo la trasladaron a otro centro para ingresar en la planta de paliativos, lo cual significaba que el fatal desenlace era cuestión de días.

A Soufián le costaba admitir la dura realidad, pero había que asumirla. Nos pusimos en contacto con la asistente social para tratar de disponer el futuro traslado a Marruecos cuando sucediera el óbito. Contactamos con una funeraria y el presupuesto ascendía a seis mil euros, lo cual nos pareció mucho para nuestra precaria economía.

Empezamos a movilizar a todos los amigos incluido Ángel, el cura, lo cual nos supuso algo de apuro en principio pues se trataba de una mujer musulmana, pero una vez más pudimos comprobar su entereza moral, porque con una gran sonrisa nos dijo: Le llamamos de forma distinta, pero todos somos hijos del mismo Dios. Contad con mi aportación personal. Con pocos más pudimos contar, pero al final esa cuestión también se nos arregló, pues hablamos con el Cónsul de Marruecos en Bilbao, el cual se hizo cargo por completo del traslado, que por cierto resultó ser la mitad de costoso en otra funeraria.

Era mediodía cuando recibí una llamada de Soufián diciendo que su madre quería verme. Me puse en camino y en pocos minutos estaba en la habitación, donde me llamó la atención un olor a rosas frescas que no vi por ningún lado. Pregunté por aquel olor y nadie me supo responder porque nadie había perfumado la sala aunque todos percibían y comentaban aquella repentina fragancia tan agradable.

Encontré a Fátima calmada pero sin fuerzas apenas para hablar. Cogí su mano derecha entre las mías. Me dijo que estaba viendo a sus familiares fallecidos a través de la ventana, como le sonreían y extendían los brazos para recibirla en una extensa pradera tapizada de verde, con árboles de todo tipo, flores multicolores y arroyos de aguas transparentes que producían deliciosos sonidos

acompañando el dulce canto de los pájaros, como había leído en el Corán.

Vete tranquila con ellos y acuérdate de nosotros cuando estés en el paraíso, le dije. Entornó los ojos, dibujó en su rostro una plácida sonrisa y nos dejó embargados de una paz indescriptible.

A la mañana siguiente y a eso de las once y media, fui al bar Oscar a tomar mi preceptivo café y leer las noticias del día en el periódico que amablemente me tenía reservado siempre Aníbal, el dueño del local.

Me encontré con mi amigo Martín, hombre de carácter alegre, extrovertido y optimista, pero que esta vez me pareció ver en su semblante una ligera tristeza. No llego a Navidades, me dijo. Necesito urgentemente un trasplante y dudo que me lo hagan. Ten confianza, Martín. Conozco a una señora que está muy bien situada. Hoy mismo hablo con ella y seguro que te ayudará.

Los agnósticos dirán que fue pura casualidad, pero lo cierto es que aquella misma noche llamaron a Martín del hospital de Valdecilla. Tenían dos pulmones dispuestos para él. La operación fue un éxito rotundo y a los quince días estábamos de nuevo juntos tomando nuestro café. Me preguntó por la señora para agradecerle el favor pero me negué a contarle toda la historia, que por otra parte creo que nunca hubiera creído, así que solo se me ocurrió decirle: Levanta la vista al cielo, reza algo si es que sabes y repite conmigo: “GRACIASFÁTIMA”.

Nota del autor.- Esta es la historia real de Fátima El Marrrhadi. Una mujer nacida el uno de enero de mil novecientos cincuenta y siete en la ciudad Marroquí de Oujda y fallecida en la española de Palencia, el dieciocho de noviembre de dos mil quince. Sin lugar a duda, una santa. D.E.P.

ENERO 1939 «III AÑO TRIUNFAL»

Miguel González Quevedo

Finalizada la cruenta Batalla del Ebro el 16 de noviembre de 1938, las tropas franquistas planificaron la conquista de Cataluña y el 23 de noviembre atacaron a lo largo del río Segre consiguiendo algunas ventajas, pero el gobierno de la República envió rápidamente el 5º Ejército republicano al mando del Teniente Coronel Enrique Lister que, a costa de serias bajas, logró contener la ofensiva durante doce días y luego la crecida del Ebro, debido a las constantes lluvias, retrasó la continuación de las actividades.

El 3 de enero un ataque con carros de combate forzó una retirada republicana que aprovecharon las unidades del general Yagüe para cruzar el Ebro por la confluencia del Segre y atacar por el flanco sur.

El 5 de enero caen las poblaciones de Las Borjas Blancas y Artesa de Segre, la retirada republicana deja un gran sector desprovisto de defensores lo que obliga al Presidente del Gobierno a llamar a filas a los jóvenes de 15 y 17 años, la que fue llamada La Quinta del Biberón, al mismo tiempo convocó a los hombres mayores de 50. La desmoralización se adueña del ejército republicano que pierde parte de su capacidad de reacción.

El 12 de enero cae Montblanch y el 14 la población de Valls, el general Yagüe manda sus tropas marroquíes hacia la costa mediterránea y toman la capital de Tarragona.

Las Brigadas Navarras que, al mando del general Solchaga también habían atravesado el Segre aguas arriba,

penetraron por la Cataluña Central y, encontrando una resistencia bastante endeble, llegaron por Igualada hasta situarse a la falda de la montaña de Montserrat que bordearon y, tras atravesar Esparraguera y Olesa de Montserrat, el día 25 de enero se encaminaron directamente hacia las colinas que hacen milenaria compañía a la mítica cumbre del Tibidabo, al atardecer por Las Planas llegaron a las orillas del pequeño y bucólico pantano de Collcerola.

Al inicio de la contienda las brigadas Navarras estaban al mando del general García Valiño del que sus tropas tarareaban un curioso estribillo “Aunque el general es joven y tiene cara de niño. Hay que joderse señores donde nos mete Valiño” pero a estas alturas de la contienda se había hecho cargo de estas divisiones el ya citado general Solchaga.

Establecido el campamento y desplegados por los lugares adecuados los centinelas necesarios para evitar un ataque por sorpresa, el resto de la tropa se dispuso a descansar y reponer fuerzas para el día siguiente. La calma era tensa ante la incertidumbre de la batalla que había que afrontar el día siguiente. Ciertamente desde que habían entrado en Cataluña no habían tenido ningún enfrentamiento importante con el enemigo, solamente algunas escaramuzas que habían acabado con la huida de sus enemigos, pero todos sabían que tras aquella ladera que los protegía había una gran ciudad que al día siguiente tendrían que conquistar, posiblemente fuese la última gran batalla de sus vidas.

Todos sabían lo que había ocurrido al inicio de la guerra con la fracasada toma de Madrid y la cantidad de vidas que había costado. El día que les esperaba tras de la colina era la gran incógnita. A muchos de aquellos curtidos hombres que llevaban tres años luchando por la victoria

de sus ideales y sus convicciones les costó coger el sueño aquella noche.

Al atardecer de aquel día 25 de enero la señora Vicenta se dirigió como cada día al bar La Unión Fraternal para pasar las últimas horas del atardecer charlando con los compañeros de trabajo y tomando un refresco. En aquel local se reunían los trabajadores del Matadero Municipal de Barcelona en los buenos tiempos para petar la charrada y en los malos, como los que estaban viviendo que muchos días no entraba ni un animal al que sacrificar y por lo tanto días de miseria en los que no se habían podido ganar ni el jornal mínimo, para ver de organizarse y planificar el día siguiente.

La señora Vicenta era una mujer joven de unos treinta años y una belleza de gitana guapetona, ejercía de viuda con dos hijos ya que al inicio de la contienda su marido que era payo se alistó en las filas de voluntarios que marcharon al frente a Aragón y unos meses después recibió una notificación de la Generalidad de Catalunya comunicándole que su esposo había sido dado por desaparecido en combate.

Ni corta ni perezosa dejó sus dos hijos a cargo de una de sus cuñadas y se fue al frente de Aragón a buscar a su marido. Estuvo unos cuantos meses siguiendo a las tropas sin obtener ningún resultado positivo, hasta que llegó un momento en que decidió volver a Barcelona y reintegrarse al trabajo en el matadero, al menos para asegurarse la subsistencia.

Sus hijos eran muy pequeños y cuando vieron a la mamá se pusieron muy contentos, no se les ocurrió preguntarle —¿Qué hiciste en la guerra mami? al menos entonces. A lo mejor se lo preguntaron cuando ya fueron mayorcitos.

Aquella tarde en La Unión Fraternal había una junta especial y privada exclusivamente para los socios, una hora después los socios y socias abandonaron el local y se fueron perdiendo por las calles adyacentes al Mercado de San Antonio que era donde se encontraban y la mayoría se dirigió a sus casas o a avisar a algunos de sus familiares.

La señora Vicenta atravesó la Ronda de San Antonio y por la calle de la Cera se internó en el barrio del Raval, pasó por la Plaza del Padró y siguiendo por la calle Hospital cruzó la Rambla y por la calle Fernando llegó a la Plaza de San Jaime, detrás del Ayuntamiento llegó a la Calle Ataulfo, en el portón del número once aferró el llamador y dio un golpe fuerte para avisar al primer piso y luego un repique rápido que indicaba la primera puerta.

Unos instantes después el sonido de la puerta de un balcón que se habría le indicó que habían atendido a su llamada, en el balcón encima mismo de su cabeza apareció la silueta de su cuñada Rosario.

—¡Vicenta! ¿Qué pasa?

—Nada malo no te asustes, ¡Ábreme la puerta!

Una vez instaladas en el comedor, Vicenta le explicó el motivo de su visita.

—Verás Rosario, mañana tenemos que ir a las siete de la mañana a la Baja de San Pedro, con dos cubos cada una porque vamos a asaltar el depósito de aceite de la Generalidad.

—¿Pero te has vuelto loca Vicenta?

—No, que está todo organizado, no habrá ninguna resistencia o muy poca, todos están saliendo, huyendo y estará todo abandonado. Será el momento ideal para aprovisionarnos al menos de aceite porque no sabemos qué va a pasar. Los que vamos a este depósito somos todos

del matadero y sus familias, no habrá ningún peligro, ya lo verás.

—Oye Vicenta, que a mí me da miedo.

—No seas tonta, además tenemos que avisar a Isabel y Magdalena, ahora ya no tenemos tiempo pero mañana a primerísima hora coges el metro con tus dos cubos y vas al Clot, levantas a Isabel de la cama y corriendo a la Baja de San Pedro, yo iré a la calle Vallespir y llegaré con Magdalena.

—¿De acuerdo?

—No sé...

—Déjate de cuentos, no pasará nada, si no lo haces verás como se pondrán si se quedan sin aceite.

—Bueno, vale, ya iré a avisarla.

—...

Todavía era de noche cuando en la salida del metro de la estación de Arco del Triunfo se encontraron las cuatro cuñadas y se dirigieron a la Baja de San Pedro. La calle se iniciaba en una pequeña plazoleta y en una de sus fachadas estaba el depósito de la Generalidad. El lugar estaba ya lleno de gente y Vicenta no tardó en contactar con sus compañeros de trabajo que le informaron que en el local no había nadie y que unos cuantos habían ido a una cerrajería cercana, donde el mismo encargado les dejaría las herramientas necesarias para abrir el recio portón que impedía la entrada.

La realidad fue que todo estaba bien previsto porque en poco rato las puertas se abrieron y el tropel de personas que llenaban la plaza se lanzó de cabeza dentro del edificio. Tras atravesar la zona de entrada se encontraron en una gran sala en la que se veían tres enormes depósitos llenos de aceite lo que contrastaba con las tiendas y eco-

nomatos de la ciudad que ya hacía unas tres semanas en las que no tenían para suministrar ni un litro del preciado líquido

La muchedumbre se abalanzó para llenar los cubos y bidones que llevaban cuando Isabel, que había sido la más lenta en llegar al brocal, se encontró con que el nivel del aceite había bajado tanto que para llenar su cubo tuvo que abocarse sobre el mismo brocal y, con la furia que empujaban los que seguían entrando, de un golpe cayó en medio del depósito, eso sí, sin soltar ninguno de los cubos que llevaba en cada mano.

A punto estuvo de hundirse en aquel oleoso líquido, aunque tuvo la suerte de que la solidaridad en la desgracia actuó con rapidez y varias manos femeninas pudieron aferrarla por los cabellos y la bata que llevaba y mantenerla en la superficie hasta que pudieron sacarla con sus dos cubos llenos de aceite.

Luego lógicamente tuvieron que ir escurriendo el aceite que se escurría de sus cabellos y sus ropas desde luego, evitando que fueran a parar al suelo y recogéndolo en todo tipo de envases.

La vuelta hasta su casa en el Clot fue un pegajoso y al principio resbaladizo vía crucis que no olvidó nunca, pero tuvieron aceite para unas cuantas semanas.

Los hombres de la Brigada Navarra que habían pernocado en las orillas del pantano de Vallvidrera, a media mañana recibieron la orden de iniciar el avance hacia la ciudad de Barcelona.

Subían por la ladera oeste de Collcerola, cruzaron la carretera de Sarriá a San Cugat y un viejo letrado de madera les indicó un desvío que llevaba a la casa donde falleció el poeta Jacinto Verdaguer, algún erudito se quedó con el deseo de visitarla pero no era el momento oportuno, arri-

ba de la colina les esperaba la llamada ciudad de las bombas, llevaban tres años de tiros y bombas y solo les quedaba tener que meterse en ese fregado. Su anterior general les había metido en buenos fregados pero el que se les venía encima también daba la impresión de que sería divertido. Unos metros más arriba llegaron a la fuente de la Bulladera en una explanada amplia de dos niveles, el borde del más alto estaba protegido por una tosca valla de madera, cuando llegaron a ella se quedaron impresionados, ante ellos a sus pies apareció la imagen completa de la ciudad.

Al fondo a la derecha se alzaba la silueta de la montaña de Montjuich con el Castillo dominando el sur de la ciudad con la imagen de la población de Hospitalet y luego la llanura del delta del Llobregat.

Por una carretera directa a la ciudad avanzaba una columna de tanques, posiblemente entrarían en combate antes que ellos pues, aunque ya se encontraban casi en la ciudad, por toda aquella zona no se veía ningún tipo de actividad bélica, solamente veían a su izquierda como la compañía de la Legión que había pernoctado junto a ellos ya iba desplegándose y bajando hacia la ciudad.

Al frente veían en la lejanía la silueta del puerto, el barrio viejo de la ciudad y lo que les sorprendió fue contemplar el plano cuadrículado de las calles del ensanche. El silencio era total, parecía que la ciudad todavía no había despertado. Aquel silencio intranquilizó a parte de la tropa ¿Qué trampa les estaban tendiendo los barceloneses? Aquello no era normal.

El alférez provisional Ángel González hacía rato que no se había movido del tronco de la barandilla en el que se había apoyado en cuanto llegaron. Sus ojos estaban fijos en un punto de la lejanía, concretamente en el que se jun-

taba la Torre de la Barceloneta con la tierra, con su tierra. Allí en pleno barrio de la Barceloneta había nacido hacía veintiún años, en la iglesia del Barrio, la de San Miguel, había sido bautizado y allí había vivido hasta los diez años, cuando murió de la temible tuberculosis su joven madre y su padre, después de casarse en segundas nupcias, se trasladó a vivir a Mallorca. Desde entonces no había vuelto en ninguna ocasión a su tierra, pero ahora que la tenía al alcance de la mano los recuerdos de su primera niñez se le amontonaban en la mente. ¿Y si el destino le había reservado que volviese para morir a la ciudad en que nació? Fue un pensamiento fugaz que intentó erradicar de su mente; aunque le costó un poco se le olvidó en el momento en que iniciaron la marcha, sin embargo durante el descenso al encuentro del ya inevitable combate, evocó su trayectoria vital desde el momento en que había estallado el alzamiento nacional en el ya lejano 18 de julio de 1936.

Ángel había nacido en el seno de una familia militar, su abuelo había pasado su vida en la milicia así como su padre y sus tíos, todos ellos militares del arma de infantería menos su tío Luis que en busca de mayores aventuras había ingresado en el cuerpo de los Guardias Coloniales y era como el Guadiana, que de vez en cuando renacía en España por unos meses y luego desaparecía por las selvas guineanas.

El día 19 de julio de 1936, su padre y sus tíos que, desde que se había publicado la Ley de Azaña referente al Ejército, por voluntad propia habían pasado a la reserva se presentaron en la Capitanía General de las Baleares para ponerse a las órdenes directas del General Godet, el cual no pudo recibirles pues ya estaba preparando con urgencia el vuelo directo a Barcelona para organizar la conquista de la ciudad que, de momento, parecía que acaba-

ría quedando en manos del Gobierno, pero cuando pudo llegar a la Capitanía de Barcelona ya la batalla estaba decidida y el general Godet fue encarcelado y posteriormente ejecutado.

En Palma, el segundo de Godet los recibió junto a otros militares en sus mismas circunstancias y comenzaron a preparar la hipotética defensa de las islas.

En aquellas fechas Ángel se encontraba en Palma de vacaciones y les acompañó, pues el curso anterior lo había pasado en una academia militar de suboficiales en Bilbao e igualmente quiso ponerse a disposición del mando superior.

Su padre y sus tíos fueron destinados a las unidades a las que pertenecían antes de darse de baja en el Ejército y Ángel momentáneamente quedó destinado en la misma Capitanía, hasta que se produjera el momento en que pudiera desplazarse a Bilbao para reintegrarse con sus compañeros de curso.

Pasó un tiempo y un buen día el comandante Bayo del Ejército leal al Gobierno español, se presentó frente a las costas de Mallorca con el propósito de invadir la isla y derrotar al ejército rebelde.

La flota invasora se propuso desembarcar en la costa nororiental de la isla, entre otros puntos frente a Son Servera, donde ya les estaba esperando un destacamento llegado de Palma en el que se había encuadrado al joven Ángel. En los momentos previos al desembarco uno de los barcos lanzó unas andanadas de sus cañones, un obús estalló cerca de donde él se encontraba y recibió unas heridas leves en la frente, un bautizo de guerra que fue afortunado por la levedad, pero que pudo ser un aviso de cara al futuro.

El intento de invasión fue abortado rápidamente y ya no hubo en la isla ningún otro episodio bélico digno de mención, salvo la distracción de algunos de contar los aviones que salían con destino a la península a bombardear diversos objetivos y volver a contarlos a la vuelta para saber si volvían todos o alguno había sido derribado.

Posteriormente recibió la orden de trasladarse a la academia del norte y se apunta al recién creado curso de alférez provisional, lógicamente el Ejército necesita ampliar la nómina de oficiales y decidió proponer este curso para que en poco tiempo surgiesen oficiales para cubrir las bajas que se iban produciendo.

Pronto, en cuanto esta hornada de jóvenes oficiales obtuvo su titulación, el ingenio popular lanzó su veredicto: ALFÉREZ PROVISIONAL /ALFEREZ MUERTO.

Como no podía ser de otra forma, con su título en el bolsillo fue destinado a las Brigadas Navarras y desde aquellas tierras había ido avanzando, desmintiendo la lógica popular hasta bajar desde lo alto de la sierra de Collcerola por una torrentera hasta uno de los barrios altos de Barcelona.

El silencio mientras iban descendiendo era intrigante, ellos no habían entrado en la ciudad pero otras unidades ya hacía rato que habían sobrepasado los barrios periféricos y hasta ellos no había llegado ningún sonido que les indicase que se había producido un enfrentamiento. El trino de los pájaros era lo único que les envolvía. Llegaron a las primeras casas y en una esquina pudieron leer “CARRER BELLRESGUARD” y unos metros más abajo bordearon un cementerio. La calle era en realidad un conato de calle, más bien era un camino con algunas casas intercaladas de las que en algunas ventanas se podía percibir que unos ojos curiosos observaban su paso. Aquello

parecía irreal, cada vez algunos se iban intranquilizando más esperando que estallase la zarabanda.

Entraron a una zona en que la calle ya estaba adoquinada y al mirar el nombre vieron que ya había cambiado el nombre “CARRER DE SANT JOAN DE LA SALLE”, a su izquierda vieron un gran edificio que a primera vista era un colegio, un poco más abajo vieron que de un portón comenzaba a salir gente que, gozosamente y al grito de VIVA ESPAÑA, se dirigía hacia ellos, la tensión nerviosa que les había atenazado desde hacía rato se desvaneció de repente, los primeros que llegaron hasta ellos fueron tres sacerdotes, dándoles la bienvenida a los oficiales, luego se mezclaron con la tropa y abrazando a unos y a otros les agradecieron que al fin hubiesen llegado. Luego un grupo numeroso de jóvenes estudiantes los rodeó y, ya casi disuelta la formación, siguieron bajando todos juntos.

Al pasar cerca del Campo de Fútbol del Español, de un grupo de casas llegaron ondeando una bandera española un grupo de falangistas vestidos de uniforme que se unieron a la fiesta, lo que aprovecharon los salesianos para despedirse de ellos y volver al colegio, de los estudiantes algunos se volvieron a su barrio pero otros siguieron para no perderse detalle.

De esta forma siguió el avance triunfal hacia el centro de la ciudad, muchas mocitas, falangistas o no, se cogían del brazo de los soldados y caminaban un rato a su lado, para aquellos veteranos de la guerra la entrada en Barcelona fue un carrusel de emociones.

Lógicamente poco a poco fueron conectando con otras unidades que estaban viviendo sus mismas sensaciones y ya al anochecer se retiraron a los cuarteles que les asignaron.

27.01.1939

Durante la mañana la compañía fue destinada a ejercer un control de carreteras a la altura de la calle Pedro IV con la Gran Vía, unos inmensos descampados con algunas masías aisladas que significaban los límites territoriales entre la propia Barcelona y San Adrián de Besós que, en algunas zonas del sur del río, ya son propiedad de esta población.

Una misión tranquila que lo máximo que pretendía era evitar la huida de los personajes más significativos del gobierno que ya hacía días que había iniciado el éxodo hacia la frontera francesa. Debido a esta circunstancia fue en realidad una forma de obtener un descanso tras las largas jornadas de camino desde el Segre y ser otras compañías llegadas en camiones desde la retaguardia, las que se dedicasen a esta labor.

Los cocineros de los puntos de descanso recibieron la orden de esmerarse al preparar el almuerzo del día para que las compañías que más se habían destacado desde que entraron en Cataluña, pudieran celebrar debidamente la toma de Barcelona y lo que ya todos sospechaban el inicio del final de la guerra.

A media tarde se celebró una Misa de Acción de Gracias en la Plaza de Cataluña y, al acabar la misma, diversas compañías de las más destacadas en aquella campaña quedaron libres por unas cuantas horas para recorrer la ciudad al antojo de cada cual.

El alférez provisional Ángel González, acompañado de dos de sus mejores compañeros de armas, se dirigieron paseando por las Ramblas hacia el puerto, habían acordado aprovechar aquellas horas de asueto para asistir al Teatro Principal donde la dirección del mismo se había

preocupado desde dos días antes a presentar un gran espectáculo como si en la ciudad no hubiese pasado nada, lógicamente la propaganda había corrido entre las tropas y eran muchos los que ya se habían provisto de las entradas para contemplar la actuación de la hermosa vedette Ingrid de Malmoe, la sueca más espectacular del Universo.

Habían reservado tres butacas en la tercera fila de platea y al comenzar el espectáculo se dispusieron a revivir unas horas que hacía mucho tiempo, desde sus épocas de estudiantes en Bilbao, debido al ajeteo de la campaña, no habían podido disfrutar.

Al apagarse las luces de la sala atacó la diminuta orquesta con un pasacalle alegre y festivo, al tiempo que comenzaba a subir el telón dejando al descubierto el panorama de una típica plaza Mayor de pueblo que bien podría encontrarse en cualquier lugar de España. De lo alto del gallinero, ocupado totalmente por los soldados a los que el mando había repartido las entradas, surgió un ronco bramido causado por la emoción de sentir las notas musicales que les evocaban las fiestas vividas en sus lugares de origen antes del comienzo de la contienda. Tras una parada brusca de la música comenzaron a resonar las briosas notas de una jota, que ya por si sola hubiera enardecido más los ánimos, pero al momento el teatro dio la impresión de que iba a explotar cuando de los cuatro costados de las bambalinas surgieron las bailarinas que sin perder el ritmo de la jota se juntaron ocupando todo el espacio que representaba la plaza mayor del pueblo y allí siguieron punteando la danza acompañadas por el griterío y los piropos que llegaban de todos los ángulos del teatro y que se redoblaron al acabar la música y comenzar a bajar el telón.

La aclamación fue inmensa y tan continuada que el telón se tuvo que subir y bajar varias veces hasta que el regidor decidió bajarlo, porque si no paraba aquello duraría horas y horas.

Una pareja cómica interpretó la escena de una conocida zarzuela, un cómico excesivamente amanerado fue abucheado al principio, pero tenía muchas tablas y acabó haciendo reír a carcajadas al personal y fue muy aplaudido al finalizar su actuación.

Cuando volvió a salir el cuerpo de baile, de nuevo se revolucionó el corral al ver tantas bellezas juntas y no con unos trajes de tipo regional sino de verdaderas chicas de revista (aunque hay que concretar que de revista bastante lejana de la época actual).

Ya en la segunda parte del espectáculo los ánimos comenzaron a caldearse muchísimo más con la actuación de la segunda vedette, una morenaza encantadora que además de muy guapa era muy simpática y buena vedette.

La expectación fue subiendo de tono a la espera de que apareciese en el escenario la gran vedette llegada del Norte de Europa.

Para preparar su aparición cuatro bailarines vestidos de frac evolucionaron unos instantes para acabar ocupando sus puestos a ambos lados de la escalera que había al fondo del escenario.

Surgió esplendorosa, con un ceñido traje brillantemente plateado y un tocado de plumas que ensalzaba la belleza de sus facciones y la perfección de su escultural figura.

Mientras bajaba las escaleras escoltada por los cuatro bailarines, el cuerpo de baile fue ocupando el escenario y la orquesta iba tocando suavemente los compases de un

vals que se hicieron más fuertes cuando llegó abajo y comenzó a danzar con los caballeros que la acompañaban.

El griterío, que en toda la noche había revoloteado por todo el teatro, se convirtió en un silencio en el que solamente se escuchaban las notas del vals. La prestancia de aquella reina de la belleza había cautivado a todos los espectadores.

Unos segundos después desapareció todo el cuerpo de danza y la vedette se quedó sola en el centro del escenario, bajaron la potencia de las luces, su figura quedó iluminada por la luz de un potente foco y el brillo de las candilejas, lentamente avanzó hasta las mismas candilejas y desde allí lanzó un beso hacia el público que volvió a estallar en una nuevo griterío.

Sonriendo a diestro y siniestro, fue contemplando como todo el patio de butacas y hasta el fondo del teatro la aclamaban.

—Bienvenidos muchachos, habéis acabado por conseguirlo, por fin habéis liberado Barcelona y nos habéis traído la paz.

Mientras se hacían más clamorosas las ovaciones, su mirada se cruzó con la del Alférez Ángel; realmente era un mozo con unas facciones hermosas y una sonrisa cautivadora. Desde hacía ya un rato sus miradas se habían cruzado unas cuantas veces acabando en una ligera sonrisa.

Ella se acercó a donde estaba sentado el mozo e inclinándose hacia delante le preguntó

—¿Cómo te llamas, alférez provisional?

—Me llamo Ángel —contestó el mozo con voz temblorosa por los nervios.

—Ángel... alférez provisional Ángel... ¿Cómo es posible que hayas llegado hasta aquí?, no era ese tu destino...

—Mi destino no ha querido privarme de contemplar tu belleza, ahora ya puedo morir por la patria.

—Desde aquí estamos muy separados, ven que te mereces un premio.

No se lo pensó dos veces y levantándose de la butaca se dirigió al escenario, cuando se encontró entre las bambalinas ella ya le estaba esperando, le cogió de la mano y fueron hasta el centro del escenario, allí ella se dirigió al público:

—Todos os merecéis un premio y por tanto esto es para todos vosotros...

Entonces se juntó a él y mirándole a los ojos le dio un ligero beso en los labios. La ovación volvió a estallar en el teatro mientras ella volvía a cogerle de la mano y lo arrastraba hasta detrás de un decorado.

Una vez allí y fuera de la vista del público volvió a besarle, esta vez con verdadera pasión y se despidió de él diciéndole:

—Cuando acabe todo, si no has caído, ven a buscarme, serás mi ángel.

28.01.1939

A primera hora la Compañía recibió la orden de preparar la partida para primera hora del día siguiente, según las secciones unas tenían que cubrir diversas zonas de vigilancia y en la ciudad y las otras preparar y avituallar las necesidades de la Compañía.

Unos cuantos soldados y oficiales que tenían familiares en la ciudad recibieron los oportunos permisos para que se ausentasen unas pocas horas. Ángel, que todavía

estaba soñando con la dicha que había vivido la tarde anterior, se sentía tan dichoso que todavía le parecía sentir la dulzura y pasión de los labios de la bella Ingrid, decidió aprovechar aquellas horas para ir a visitar a sus tíos Miguel e Isabel antes de abandonar la ciudad.

Tenía un lejano recuerdo de sus tíos y todavía no conocía a sus primos, Elvira, Miguel y Pilar que casi no habían salido de la pubertad pues eran varios años más pequeños que él.

Con el metro se dirigió al barrio del Clot y una vez salió del suburbano atravesó la avenida de La Meridiana y en seguida se encontró en el inicio de la calle Trinxant, en el segundo edificio que encontró subió las escaleras hasta el primer piso y tocó unos golpes con el llamador.

La tía Isabel estaba preparando la comida y dejando por un momento los fogones fue a abrir la puerta. Su sorpresa y susto fue grande al encontrarse frente a ella un oficial del ejército ocupante.

Al instante le vino a la mente el saqueo oleícola de unos días antes, pero no tuvo tiempo para pensar, la sonrisa de aquel alto oficial ya le tranquilizó un poco pero al momento él le dijo alegremente:

—¡Tía Isabel! —y la abrazó dándole un par de besos en ambas mejillas.

—¡Ángel! Que ilusión... ¿Qué haces por aquí?

—Venir a veros en cuanto he podido, me hubiera gustado ver a los demás de la familia pero no tendré tiempo, mañana ya nos vamos de Barcelona.

—Pero pasa... ve, n deja tus cosas en este cuarto —le indicó el que había junto a la entrada al tiempo que llamaba al resto de la familia.

Ángel dejó el capote y la guerrera en la cama, así como la gorra de borla típica de aquellas campañas.

Mientras Isabel se volvía a meter en la cocina para acabar de preparar el condumio, los demás se sentaron alrededor de la mesa del comedor.

—Como te ha ido la campaña? —le preguntó el tío Miguel — veo que ya eres alférez.

—Ha habido de todo, más malos momentos que buenos, pero al fin ya hemos llegado hasta aquí... por fin hemos podido liberaros —acabó diciendo orgullosamente. La tía Isabel que entre las ollas había seguido la conversación, dejó los fogones y entró en el comedor enardecidamente.

—¡Liberarnos!... ¿de qué nos habéis liberado?... Hambre y miseria es lo que nos habéis traído.

Isabel, por favor —suplicó su marido (que había estado a punto de decir por Dios pero pudo rectificar a tiempo ya que él era ateo de firme convicción).

Ángel se quedó atónito y sin saber qué hacer ni que decir, no sabía que sus familiares eran activistas adscritos de corazón al PSUC.

El tío Miguel intentó quitar hierro al asunto, pero ella tuvo tiempo de gritarle:

—Si tu madre te viera se volvería a la tumba, ¿Es que no sabes que unas horas antes de morir se puso a cantar con las pocas fuerzas que le quedaban La Santa Espina, en plena dictadura de Primo de Rivera? y cuando le dijeron algo en contra les contestó —¿Prohibido? ¡Ja! A mí ya no me pueden prohibir nada.

Bueno, al fin consiguieron que callase y se pusiera a servir la comida mientras el páter familia procuraba excusarla, lo que poco a poco fue consiguiendo aunque el alférez no sabía bien a que venía todo aquello, tantos elo-

gios y plácemes que le habían elevado a las alturas, caían por los suelos precisamente en casa de su familia.

De todas formas ya no se produjo ningún incidente más pues la conversación derivó en comentar las incidencias familiares de aquellos últimos años.

Al final llegó el momento de las despedidas que acabaron con los debidos ósculos de paz y Ángel fue al cuarto en el que había dejado sus pertenencias, salió del cuarto al momento hecho una verdadera furia: llevaba el capote y la guerrera medio doblada en un brazo y en la mano contraria la gorra de borla.... SIN BORLA, los pequeños de la casa, en medio de la anterior discusión, la habían cortado con unas tijeras.

—Rojos de mierda... al paredón tenéis que ir todos... sois la escoria, esto lo pagareis muy caro.

—Ángel por Dios —imploraba su tía— no te pongas así, dámela que te la coso en un momento.

—Ni un minuto continuó en esta casa, inmundicia de rojos.

De un portazo cerró a sus espaldas la puerta y remugando abandonó el edificio, tras los cristales del balcón y temblando por las consecuencias vieron cómo se alejaba en dirección a la Meridiana a buscar la entrada en el metro.

En realidad no tomó ninguna venganza familiar, bastante susto les dejó en el cuerpo pero ya no volvió a Barcelona más que esporádicamente para coger el barco hasta las islas, nunca de visita hasta al menos veinte años después, en el que hizo una pequeña estancia de pocos días con su esposa, pero nada interesado por la ciudad en sí.

Fue un alférez provisional que se libró de su destino como tal, sobrevivió a la guerra pero quedó muy tocado;

tuvo que estar un par de años internado en un Hospital de Ronda con unos problemas graves en los pulmones que le dejaron secuelas para toda la vida. Cuando salió del hospital ya tenía el grado de teniente.

Estando hospitalizado lógicamente fue teniendo contacto epistolar con su padre, su madrastra que le había cuidado desde la muerte de su madre y su hermano Miguel, un poco mayor que él.

Un día recibió una carta de su hermano en la que le anunciaba su próxima boda con una mocita mallorquina de la población de Petra que, como muchas mallorquinas, se llamaba Catalina y le pedía que procurase conseguir un permiso para poder asistir a la boda, en la carta adjuntaba una foto de la novia.

Ángel se quedó alucinado, Catalina era la mismísima Ingrid de Malmoe que triunfaba en el Teatro Principal de Barcelona.

Cuando acudió a la boda, al llegar a Palma en el muelle le estaba esperando toda la familia incluida la novia, él se quedó un poco embobado al mirarla pero se dio cuenta en seguida de que ella no lo había reconocido.

Su hermano mismo le comentó la anterior actividad de su futura consorte que era conocida en el ámbito familiar y los problemas que había tenido que superar para que sus padres la admitiesen en la familia, cosa que ya estaba superada.

De todas formas se dio cuenta en muy poco tiempo que las suspicacias seguían dominando la situación, en aquella Palma de mitad del siglo XX se contemplaba con recelo que la nuera del señor comandante procediera del mundo de la farándula y, sobre todo, del escandaloso género de la revista picaresca.

No obstante, la vida siguió su curso y la pareja fue favorecida a su debido tiempo de un parto en el que nacieron un par de gemelos, de los que solamente uno pudo sobrevivir.

EPÍLOGO.

Pero esto ya es otra historia, solamente deseaba describir unos hechos íntimos ocurridos durante los días en los que ya se estaba intuyendo el final de la Guerra Civil que asoló España entre 1936 y 1939.

De todas formas, estos personajes reales siguieron caminos distintos: Miguel murió por la entonces temida tuberculosis en muy poco tiempo, Catalina volvió a ejercer de Ingrig buscando nuevos aires y los encontró en la misma Palma en la figura de un aviador italiano con el que se casó y se fue a vivir a Italia, por la zona de Turín. Hacia 1960 su hijo volvió a Palma para hacer la mili, seguía manteniendo la nacionalidad española y estuvo en contacto varias veces con su tío Ángel.

Ángel como hemos comentado acabó muy enfermo la campaña, pero terminó recuperándose y volviendo a Palma; allí conoció a una preciosidad de mujercita que no se parecía en nada a su espectacular cuñada, pero fue la mujer más bonita y dulce que he conocido, se llamaba Juana y era de Andratx, una bonita población de la costa suroeste de Mallorca.

Como dice un refrán catalán que “Viu mes el que piula que el que chiula”, “Vive más el que pía que el que silba”, Ángel llegó a nonagenario.

El comandante Miguel y su señora, inesperadamente pasada la edad de los cuarenta, tuvieron otro hijo al que le pusieron el nombre del recientemente fallecido, o sea Miguel.

PARIS DE LA FRANCE

Alicia Redondo Saussol

Cuaderno de viaje

Diciembre 2014

Queridas amigas:

No sé si me será posible reflejar en unos folios las sensaciones y experiencias de nuestro viaje a Paris. Podría simplemente enumerar los sitios visitados pero el cuerpo me pide expresar algo más.... Espero que la lectura de este relato os traslade, por unos minutos, a esos momentos que ya forman parte de nuestra vida.

“Cette histoire va pour mes madames, mes amies...”

La idea surgió, como cualquier otra conversación, un veraniego día de agosto en la playa de Caparica. Lo que comenzó siendo broma y pitorreo se fue consolidando durante la comida que hicimos en El Sigar a finales de Octubre. Voy a destacar el especial empeño de Mercedes Albarrán que nos fue contagiando su entusiasmo. Se presentó tarde, tarde... pero con el folleto de la agencia: “PARIS 416 Euros”... ¿recordáis?

Poco a poco fuimos tomándolo en serio...Salimos de allí brindando con el “Oh, lá, lá “ y el convencimiento de que era posible la aventura. Reuniones, cafelitos, crear grupo de WhatsApp, visitas a la agencia, presupuestos, cambiar días de planillas, estudiar planos y mapas en internet... Aquello empezaba a tomar forma.... El hotel, el barco, los

coches, el parking, bus turístico, ¿Sevilla ó Madrid?, el equipaje, el peso de la maleta, ¿que nos llevamos?, la tarjeta sanitaria.... ¡qué nervios! Pasaban los días, había que pensar en todo y todo iba quedando resuelto.

Se acercaba el momento de la partida y los WhatsApp echaban humo.... Nuestras otras Primaveras, que veían que nos íbamos y se lo iban creyendo, nos expresaban sus mejores deseos y suerte para la travesía... ¡Todo el día poniendo aviones, tacones y barras de labios en los mensajes...!

Cuando llegó la hora, a las 12 de la noche, todas puntuales en el cruce de la autopista y... ¡pa' Sevilla!... Naturalmente convidándonos por el camino en el Complejo Leo de Monesterio y haciéndonos las primeras fotitos. Por cierto, igual de ambientado de día que a las 2 de la mañana... ¡Vaya negociazo!

Tras algún pequeño error de itinerario, llegamos al aeropuerto de Sevilla, oscuro y solitario como el sólo. Eran las cuatro de la madrugada. Daba sensación de cerrado. Tras una llamada aparecieron los chicos encargados del parking que, sin más y a cambio de un recibo, se llevaron nuestros coches. Ahora sí que nos habíamos quedado más solas que la una... ¡La suerte estaba echada!

El hall del aeropuerto es viejo y bastante destartalado. Impresiona de sucio y poco iluminado. Los bancos y asientos dejan mucho que desear. Un gran reloj de estación marcaba las 4.30 h. Aún quedaban 2 h. y pico para embarcar. Aprendimos divinamente el funcionamiento de la máquina de precintar maletas. Nos fijamos especialmente en un tipo con sombrero y perilla de aspecto anglosajón. Salimos varias veces a fumar. Tomamos café, compramos agua.... En fin, se fue consumiendo el tiempo.

El embarque y el vuelo fueron perfectos. De noche cerrada, pasamos a un amanecer precioso y deslumbrante. Los rayos del sol nos anunciaban un gran día. Cuando, poco a poco, el avión iba bajando, las nubes negras y grises iban dejando paso a la visión, como un diseño de patchwork, de la campiña francesa en distintos tonos de verdes y ocres. Los pasajeros se iban espabilando y el comandante nos transmitía las gracias por haberlos elegido para volar. Mientras, las azafatas nos daban las indicaciones para el aterrizaje que, dicho sea de paso, fue estupendo y con aplausos incluidos.

Bajamos del avión y a medida que avanzábamos por las distintas zonas y pasillos, notábamos que ya estábamos en suelo francés. La megafonía y el aspecto del aeropuerto eran inconfundibles. En el hall de salidas nos estaba esperando nuestro conductor. Todo controlado a la perfección. Nos condujo hasta un monovolumen negro, tipo Equipo A, aparcado en la misma puerta de la terminal. Era un tipo franco argelino bastante amable pero que no hablaba una papa de español. ¡Íbamos como Señoras y ya estábamos en Paris!

El trayecto, de unos 20 Km., nos fue adentrando en la ciudad. Llegamos al hotel y, como el asunto iba perfecto, algo se tenía que torcer. Nos atendió una recepcionista bastante histérica que parecía estar poseída por el peor de los engendros. ¡Qué chillos y qué ademanes! Hubo un momento que pensé que estaba necesitada de un exorcismo... Todas sabemos lo que pasó, así que no voy a tomarme el trabajo de recordarlo.

Tras ese horror de discusión y para no perder más tiempo, dejamos el equipaje como pudimos y caminamos hasta el Boulevard Montmartre donde tomamos un café y unos croissants. Primera clavada de veintitantos euros para irnos ambientando. A continuación, por la Avenue

Des Italiens, llegamos a la Place de la Opera que, con su magnífico Palacio de la Música hizo que el cabreo fuera disminuyendo. El día estaba espléndido y el sol nos ayudaba a disfrutar. Entramos en el famoso Café de la Paix, todo estilo Belle Epoque y después hacer algunas fotitos enfilamos la Avenue De la Opera, con sus elegantes fachadas, en dirección al Museo del Louvre. A mitad de la calle hicimos acopio de mapas y folletos en la Oficina de Turismo de la Rue Pirámides.

Al final de la avenida, de frente, el Grand Hotel du Louvre. Tras atravesar la Rue Saint Honoré, la Rue Rivoli y la arcada del museo, aparecimos en la espectacular Place du Carroussel. Teníamos delante una gran explanada con el Arc du Carroussel, (construido en conmemoración de las victorias bélicas de Napoleón) a la derecha y la Pirámide de Cristal, que da acceso al museo, a la izquierda. La mañana prometía... El bullicio y la multitud de gente paseando y admirando todo el entorno nos hacía sentir la importancia de este enclave tan pintoresco y cosmopolita.

Decidimos continuar hacia la Isla de la Cité bordeando el río. ¡Maravilloso Sena! Por toda la orilla se alineaban puestos de souvenirs y mercancía variada para el entretenimiento de los turistas. Tras pasar el Pont Neuf, nos detuvimos en el peatonal Pont des Arts. Observamos los miles y miles de candados que, según la tradición, enganchan los enamorados entre las rejas de las barandas del puente para jurarse amor eterno, lanzando luego la llave al río. Es uno de los escenarios más románticos del mundo.

Por el Pont de la Change que antiguamente tenía casas encima, accedimos a la Isla de la Cité, origen de Paris. A la derecha el imponente edificio de La Conciergerie, palacio de los reyes franceses hasta el siglo XIV y luego pri-

sión del estado. Observamos con detalle su Torre que em-plaza el primer reloj público que se instaló en toda Fran-cia. Era considerada la antesala de la muerte y muy pocos salían vivos de allí. Hoy día alberga el Ministerio de Jus-ticia ¡Que autentico el lema de “Liberté, Egalité y Frater-nité” que reza en su fachada! Lástima que la escasez de tiempo no nos haya permitido visitarla.

Continuando por el Boulevard du Paláís, a la izquierda, el Mercado des fleurs y más adelante la Place de Juan Pa-blo II con la Catedral de Notre-Dame. Dedicada a la Vir-gen María y escenario de la coronación de Napoleón. Un enorme árbol de navidad con bolas y cintas blancas ocupa el centro de la plaza y a sus pies, una estrella en el suelo nos señala el Km. 0 de las carreteras de Francia. Para visitar el templo había colas y gentes por todos la-dos. Accedimos al interior y sobrecoge su altura y sus es-pléndidas arcadas y vidrieras. Una escultura de La Pie-dad preside el altar mayor. Por fuera, sus torres, sus gár-golas, su campanario... ¡Gótico puro! Imposible no recor-dar la historia de Quasimodo y Esmeralda.

Volviendo a cruzar el río por el Petit Pont llegamos al Boulevard Saint Germain, plagado de tiendas, bares y restaurantes y paramos para comer. Es el eje de este a oeste del Barrio Latino junto con el Boulevard Saint-Mi-chel que es el eje nortesur. Tras reponer fuerzas con ese ragout de patatas con vaca que nos entonó el cuerpo, con-tinuamos hasta los Jardines de Luxemburgo dejando al paso, a la izquierda, la Place de la Sorbona. No es el otoño época para visitar parques; todo estaba bastante desan-gelado: los árboles sin hojas, los arbustos sin flores y las fuentes apagadas.

Desde la Plaza de Luxemburgo vimos el Pantheon, cu-bierto por restauraciones.

Como nuestro estado físico era lamentable, al salir de los jardines, cogimos un autobús urbano que nos cruzaba el río en dirección al hotel. El famoso 27 nos llevó por la orilla derecha del Sena y a lo largo del recorrido pasamos por la Plaza y la Font de St. Michel, el Muelle des Agoustins, el Instituto de Francia que agrupa las Academias de Bellas Artes, Ciencias, Políticas y la Biblioteca Nacional. Descendimos en la Av. de la Opera y pusimos rumbo hacia la Plaza Concorde. Por los soportales de la Rue Rivoli, no hubo tienda de souvenir en la que no enredáramos ni gorro que no coronara nuestras cabezas.

Llegamos hasta la esquina de la inmensa Plaza Concorde, donde estuvo originariamente la guillotina en la época de la Revolución Francesa. Este sangriento escenario se llamó Plaza de la Revolución y, una vez terminadas las revueltas, tomo su nombre actual. Retrocedimos por diferentes calles hasta la Plaza Vendomme que nos quedó boquiabiertas del lujo: grandes abetos, de dos en dos, en distintos puntos del recinto adornados con enormes bolas y cintas todas en color dorado. Al encenderse parecían de oro. Los encontré preciosos. La entrada del Hotel Ritz y la Columna Vendomme estaban cubiertas por obras, aun así, las lonas simulaban su estructura. Los escaparates y el aspecto de las tiendas, los toldos y las fachadas iluminadas... ¡pa perder el gusto pa siempre...!

A continuación, por la Avenue de la Paix, enfilamos hacia Plaza de la Opera.

Ya era completamente de noche. A media calle, en la puerta de la super joyería Tiffany's un barullo de gente arremolinada contemplaba la actuación de un coro gospel que entonaban villancicos. A pesar del cansancio, nos entretuvimos a ver la actuación completa.

Y ahora sí, llegamos al hotel andando como pudimos y tras registrar las otras habitaciones bajamos a tomar algo en las cercanías. Después de un ratito de WiFi en el hotel de al lado picamos en la habitación un poco del jamoncito que habíamos llevado. ¡¡¡Vaya tela de día!!! Nos fuimos a dormir sin rechistar...

2º día

¿Habíamos descansado? ... Bueno unas mejor que otras... Yo francamente caí muerta.

El desayuno no estaba mal, salvo porque el comedor era pequeño y no podíamos sentarnos juntas. Desayunamos como pudimos y ¡en marcha!

Llegamos paseando nuevamente al Bv. Montmatre y no tardó en aparecer el bus turístico. El conductor nos canjeó el bono por los billetes sin problemas y nos facilitó planos de los recorridos y unos auriculares. El día estaba bastante desagradable: lloviznaba y hacía frío. Aun así, para no perder detalle del recorrido, nos acomodamos en el piso superior. Sorprendentemente oí mi nombre salir de una voz ajena a las nuestras, era gente conocida de Badajoz con un grupo de amigos. Saludos y jolgorio. ¡Todo el open tour parlaba español!

Tras emprender la marcha con el gran cachondeo volvimos a pasar por la Opera y llegamos a la Place de la Madeleine con su templo de clara inspiración grecorromana y sus imponentes columnas de unos 20 metros de altura. Fue construida para mayor gloria de los ejércitos napoleónicos, antes de levantar el Arco del Triunfo. Me sorprendió que no tenga ventana alguna, y eso, al parecer hace que la sonoridad sea perfecta. Allí había que cam-

biar de línea y nos mudamos de autobús ¡Adiós paisanos, adiós...!

Toda la primera parte del trayecto fue la que habíamos hecho a pie y en el 27 el día anterior. Me gustó la sutil suficiencia con que reconocíamos los lugares....

Lo nuevo comenzaba en la inmensa Plaza de la Concordia, con su gran Obelisco Egipcio de Luxor y sus fuentes ornamentales. Enfilamos hacia los Campos Elíseos... y sencillamente maravillosos. Con razón se dice que es la avenida más famosa y hermosa del mundo - Casi 2 kilómetros de larga y 70 metros de anchura – En ambas aceras se alineaban cientos de árboles. Sobre las copas de los de la izquierda se veía la cima de la Torre Eiffel. Los dos laterales peatonales estaban llenos de puestos navideños: eran casetas blancas, todas iguales y perfectamente adornadas. Podíamos oír los villancicos que salían de ellas. El trasiego de gente de lo más variopinto era continuo. Al menos diez carriles de coches en circulación. ¡Grandioso! Creo que la noche del 31 de diciembre toda la calle se vuelve peatonal para que los franceses reciban el Año Nuevo. Y al fondo el espectacular Arco del Triunfo que, a medida que nos aproximábamos, se iba haciendo más imponente. La sensación me resulta inolvidable.

La parada del bus estaba en una de las 12 avenidas que circundan la Place de Charles de Gaule. Hay que rodearla para llegar a un subterráneo y aparecer debajo del Arco. La majestuosidad de sus 50 metros de altura impresiona. Lo mando construir por Napoleón tras su victoria contra los rusos y austriacos en Austerlitz. Tiene grabados en sus pilares los nombres de las batallas ganadas por sus ejércitos y por dentro los nombres de los generales del Imperio Francés. A sus pies está la Tumba al Soldado Desconocido de la Primera Guerra Mundial con su llama siempre encendida.

Como hay ascensor, iniciamos la subida al arco, después de hacer muy buenas migas con el vigilante de seguridad. En la primera planta hay una maqueta del monumento metida en una urna de cristal y tiendas de souvenirs. Una pared entera adornada con varias decenas de las insignias miliares de los Ejércitos Franceses nos indica la grandiosidad de Imperio Napoleónico y, al fondo, una escalera de caracol conduce a la terraza. Hacía frío y llovía pero aun así el espectáculo era inigualable. Las 12 grandes avenidas que salían de la estrella eran a cuál más vistosa. Sobre todo la Avenue de la Gran Armée, que alinea el Arco del Triunfo con el moderno Arc de la Defense. Al fondo todos los rascacielos del distrito financiero de París, “la city” como bien dijo Mercedes Abril. En el lado contrario Los Campos Elíseos con la noria del carrusel a lo lejos. Veíamos La Torre Eiffel, la Basílica del Sacre-Coeur, la Torre de Montparnasse y sobre todo una variada gama de los tonos grisáceos de las pizarras de los tejados de París... ¡Ahhh... era maravilloso y éramos unas privilegiadas disfrutándolo!

Todo el tiempo que pasamos en la terraza del Arco del Triunfo se me antoja insuficiente porque no te cansas de mirar para un lado y para otro.... Pero... ¡había que continuar la ruta! Bajamos y tras repetir algunas fotos en la explanada trasera, nos encaminamos hacia la parada del bus, en la Avenue Kleber que une la Place de L'Étoile con la Place del Trocadero. En un jardincito peatonal aprendimos divinamente la receta de los famosos creppes de Nutella. Compramos y probamos un par de ellos a un crep pero que los cocinaba con una plancha eléctrica encima de un carrito tipo bicicleta. ¡La repera!

Tras otro rato de recorrido, aparecimos en la Plaza del Trocadero el mejor sitio para contemplar la icónica Torre Eiffel. El autobús fue rodeando todo el recinto y la parada

estaba en el Muelle Brandy , al lado del río. Por supuesto que había cola para los ascensores. ¡Es el monumento más visitado del mundo con 7 millones/año y nosotras estábamos debajo de él! Emocionante nooooo... ???.... Los accesos eran desde los cuatro pilares de la Torre. El gentío era multitudinario y de lo más variado. Hasta le cantamos Cumpleaños Feliz a una chica lituana que estaba con su enamorado y su trozo de tarta con vela y todo en la fila de los tickets. Había casetas y kioscos de bebidas, más creppes, souvenirs y perritos calientes. Daba escalofrío estar bajo esa imponente mole metálica, ¡tardaron más de dos años en construirla para la expo de París en 1.889! Testigo de la dos guerras mundiales y de un sinnúmero de historias en el cine y la televisión... Pasamos el control de seguridad y... ¡para arriba! Los ascensores, infatigables y creo que muy seguros eran de cristal blindado y, mientras subíamos, podíamos apreciar toda la estructura y engranaje de los tremendos hierros de la torre. Con el primer nivel, a 60 metros del suelo teníamos bastante....

El panorama desde la terraza era espectacular, El Sena serpenteaba y parecía un enorme hoyo separando París en dos mitades. Enfrente la Plaza del Trocadero, sus jardines y sus fuentes. A la izquierda, la isla artificial de los Cisnes donde se ubica la Estatua de la Libertad que regalaron los parisinos residentes en EEUU en 1.889 al municipio de París en el centenario de la Revolución Francesa, réplica de la de Nueva York que, a su vez fue regalada por Francia a EE.UU. en 1.886 para conmemorar su Declaración de Independencia. (Interesante, ¿no?). A la derecha se veían varios de los treinta y pico puentes que cruzan el Sena en su paso por la ciudad. Por detrás, los Campos de Mars con gente tumbada y paseando a pesar del frío y la lluvia. Al final de ellos, la Escuela Militar y detrás la Torre de Montparnasse. Un poco a la izquierda

resalta la gran cúpula dorada del Hospital de Los Inválidos, donde están enterrados Napoleón y su hijo. Perdido entre la niebla, se adivinaba el Sacre-Coeur. Era interminable la vista... Ciudad y más ciudad por todos lados.

El horizonte lo delimitaban la línea del cielo y las edificaciones.

Subimos y bajamos varias veces por las dos terrazas de la Torre a las que teníamos acceso. Hacia un aire y un frío rusos. En la zona de la cafetería interior tomamos unos bocatas de pan y...??? ¡Ni se sabe!... Al parecer era ensalada de pollo. Eso sí, el buen vaso de la cerveza más cara que he pagado en mi vida, me supo a gloria bendita.

Alrededor de la 6 de la tarde descendimos de la Torre y nos encaminamos al muelle del bateau-bus que estaba enfrente. Ya anocheecía.

Menos mal que el barco era cubierto y con calefacción. En la parte trasera, por una puerta de vaivén, teníamos acceso a una zona descubierta a la que salíamos de vez en cuando para hacer fotos y contemplar París la nuit. El recorrido era precioso. Todos los puentes, con diferentes luminarias, resaltaban magníficos entre la oscuridad. La Torre Eiffel centelleaba por encima del margen izquierdo. Pasamos por el Museo del Louvre, por Notre-Dame, la Conciergerie, por el Museo D'Orsay, rodeando toda la Isla de la Cité. Las orillas y sus edificios iluminados parecían de cuento... Al final, hay 8 estaciones, el barco da la vuelta y recorre la margen derecha. Nos bajamos a la altura del Puente de Alejandro III. Es el más espectacular. Comunica la explanada de Los Inválidos con la Plaza de la Concordia. Al paso, contemplamos el Grand Palais y el Petit Palais con escalinatas, puertas y ventanales de película. Hoy son sedes de museos con exposiciones de todo tipo.

De la serenidad y el silencio del río, pasamos al bullicio más absoluto de los Campos Elíseos. ¡Vaya movida! Los cientos de casetas blancas del mercadillo navideño estaban a tope y eran un hervidero de gente. ¡No había cacharro que no vendieran! Los árboles con bombillitas en azul y dorado parecían copas de champán. ¡Todo resplandecía! Paseamos y enredamos lo que se nos antojó. Tomamos churros, chocolate, sopa de cebolla... Alguna comprilla y de retirada.

Tras atravesar la Plaza de la Concordia... ¡Ay esa noria gigante iluminada!...

enfilamos por la Rue Real hacia la Madeleine. ¡Vaya callecita! Pasamos por el Restaurante Maxim´ s, la Pastelería Ladureé y un montón de escaparates alucinantes. De las fachadas colgaban luces en forma de racimos y chorreones y otras decenas de guirnaldas y filigranas de bombillas encendidas cruzaban la calle de acera a acera.

La Madeleine iluminada parecía todavía más imponente y gigantesca. Tuvimos la suerte de encontrar la parada de un autobús urbano que iba en nuestra dirección. Lo cogimos y nos quedó bastante cerquita del hotel.

Como no habíamos tenido bastante, todavía entramos en un par de tiendas más. Un ratito de WiFi y para las habitaciones. A pesar del cansancio, nos hicimos fotos acostadas y en el baño. ¡Casi me ahogo del hartón de reír!

3er. día

Salimos, después de desayunar, bastante más abrigadas por el frío que habíamos pasado el día anterior. También lloviznaba.

Hoy no teníamos que cambiar de autobús porque la misma línea del bus turístico nos llevaba hasta Montmartre... ¡Aaah la bohemia!

Tras callejear hacia la zona norte, pasamos por la Iglesia de la Trinité y llegamos a la Plaza de Blanche en el Boulevard de Clichy. La parada estaba justo enfrente del famoso Moulin Rouge. El más conocido cabaret de Paris, donde han actuado los artistas y cantantes más importantes del mundo. Posamos y nos fotografiamos en la puerta para continuar, por la Rue Lepic, hasta el Café des Deux Moulins, escenario de la película Amelie. Al final de la calle, a la derecha, enfilamos la Rue des Abbesses hasta llegar a la Plaza des Abbesses donde, tras pasar una zona de setos, teníamos el Muro del je t'aime. De unos 40 metros cuadrados y con más de 600 azulejos en color azul esmeralda nos enseñaba a decir "te quiero" en 300 idiomas... ¡insólito! Visita obligada para todos los enamorados que pasan por Paris. Nos hicimos unas fotos chulísimas y... ¡Averíguate lo que pasó por la cabeza de cada una de nosotras!

Siguiendo nuestra gira pasamos por callejuelas estrechas, de cuevas empinadas y escaleras interminables que no estábamos por la labor de subir. Preguntando, preguntando llegamos al funicular que por 2 euros por barba nos remontó hasta lo alto de la colina de Montmartre ("Monte de los mártires"). Allí estaba la Basílica del Sacre – Coeur, completamente blanca, y todo Paris a nuestros pies... El enclave es un espectáculo. Por delante es un recinto extenso con una escalinata para acceder a la iglesia y todo rodeado de varias escaleras y jardines en pendiente primorosamente cuidados. Tiene unas explanadas como terrazas con barandas de columnata de muro de piedra desde donde los visitantes contemplamos toda la ciudad... ¡impresionante!... Al parecer, es la misma

pedra la que, al mojarse, escupe calcita y eso hace que se mantenga ese impoluto color blanco.

Recorrimos en círculo todo el interior del templo. Había un Portal de Belén rodeado de cientos de velas encendidas por los fieles. Una imagen de San Antonio, Sta. Juana de Arco, maquetas del edificio, capillas a distintas devociones, vidrieras, arcadas.... Muy bonito !. Levantando la vista, el centro de la Basílica y el Altar Mayor están coronados por una enorme bóveda de mosaico bizantino que representa a Jesucristo Corazón de Jesús. ¡Espectacular!

La siguiente escala, naturalmente, era la Plaza du Tertre. Aquello era otro Paris y la esencia de la bohemia. Varias decenas de artistas con sus caballetes y lienzos ocupaban en centro de la plaza dibujando o pintando paisajes, retratos y caricaturas.... ¡qué vida!... Por supuesto que Mercedes posó como modelo con un resultado ciertamente insatisfactorio... Su frase fue: “El señor ha pintado una mujer guapísima, pero no soy yo”.

Alrededor todo eran terrazas de restaurantes adornadas de Navidad; con estufas y mantas rojas en las butacas para que los clientes se protegieran del frío.

Tras callejear un rato por los alrededores y patear rincones verdaderamente encantadores, nos sentamos en la plaza y desde luego que nos arropamos con las mantas. Tomamos unos mejillones típicos que, entre que eran enanos y el guiso estaba regular, a mí no me gustaron.

Eran casi las cuatro de la tarde y había que comer. Elegimos un restaurante un poco más abajo. Eran todos por el estilo. Menú turístico para probar los escargots y el paté a la campagne. Del entrecot de segundo plato, mejor no hablar. Eso sí, las patatas fritas super buenas. De postre tarta de no sé qué y mousse de chocolate.

En una salida al cigarrito, en la puerta, un violinista monísimo entonaba con su música villancicos navideños. ¡Otro bohemio!...

Salimos de allí casi a las seis, prácticamente de noche. Las luces tenían total complicidad con las calles que íbamos bajando. Eran tenues y suaves. Nada de focos deslumbrantes. Los faroles colgaban de las fachadas de las casas como candilejas.

Había electricidad en el aire y daba la mágica sensación de que no había nada imposible...

Al llegar a la Plaza de Blanche, el Moulin Rouge y el boulevard Clichy con su luminaria nos devolvió al trasiego de coches y bullicio de gente. Vimos pasar un open tour y como no sabíamos si era el último, tras de esperar un ratito, nos montamos en un bus urbano que, según preguntamos al conductor, pasaba por las Galerías Lafayette. Yo veía que la dirección era la contraria y al insistirle al chofer me dijo que había sido un error. Nos bajamos en Pigalle. Después de todo, gracias a la equivocación, nos paseamos por la zona más erótica y picante de París. Todo eran tiendas y establecimientos a cuál más provocador. ¡Vaya escaparates!, no había instrumento ni vestimenta que faltara... Todo un mundo en torno a los sex-shop.

Un taxi, que el taxista hubo de habilitar para llevarnos a las seis juntitas, nos quedó en la puerta de las Galerías Lafayette. ¡Otro derroche de lujo!

Como es un recinto circular, desde el patio central en la planta baja, se veía que del mismo medio de su famosa bóveda, a cuatro pisos de altura, colgaba invertido un gigantesco árbol navideño todo brillante y con adornos que deslumbraban en tonos marrones, azules, rosas, blanco, dorados... ¡y que sé yo! Las simuladas raíces eran anaranjadas y la punta se apoyaba, en el centro del patio, sobre

un expositor... ¿de qué?... Naturalmente que de iiiChan-
nel!!!... La iluminación de todas las balconadas de las dis-
tintas plantas era despampanante. ¡Vaya estilazo!, y eso
que el edificio, por sí solo es ya una joya. Había clientes
comprando pero la mayoría, como nosotras, curioseába-
mos el entorno. Bueno, también tomamos un cafelito
porque en todos los pisos, un par de balcones estaban
destinados a cafetería.

Desde arriba, la planta baja era un rompecabezas per-
fectamente acoplado: las piezas eran los stand de Rolex,
Dior, Lancome, Gucci, etc, etc.... Lo dicho, lujo puro y
duro.

Eran las 8 de la tarde y el día estaba terminando. Nos
asaltó una asignatura pendiente: el centelleo de las lu-
ces de la Torre Eiffel por la noche. Era un poco dispa-
rado porque estábamos lejísimos. Pero como querer es
poder, allá que decidimos encajarnos.

Tomamos en Opera un bus urbano que nos llevó a la
misma Plaza del Trocadero. Unos 5 o 6 kilómetros de tra-
yecto. El centelleo se produce durante cinco minutos a
las horas en punto. Tuvimos que esperar con un frío de
nieve hasta las 9 pero mereció la pena el esfuerzo. Es de
esas visiones que se guardan en la retina para siempre.

Y ahora sí, volvimos al hotel. Había que preparar las
maletas para la vuelta.

Nos recogieron en otro monovolumen Equipo A a las
5,45 h. y llegamos al aeropuerto sobre las 6 y pico. El
vuelo salía a las 9,45 h. así que nos acomodamos en una
cafetería y fueron pasando las horas. Hubo alguna última
comprilla todavía.

Esta vez fue algo más complicado el embarque. Manda-
ron una maleta a la bodega y nos registraron un par de

ellas a cuento de los botes de líquidos. Pero, bueno, la cosa no paso a mayores.

El trayecto se me hizo más corto. En menos de dos horas aterrizamos en Sevilla. Recogimos los coches sin problemas y nos adentramos en la ciudad. Íbamos al parking de Plaza de Armas y por supuesto que nos trabucamos un poco en el recorrido pero finalmente llegamos y ¡a callejear un rato! El día estaba esplendido como casi siempre. Llegamos a la Plaza Nueva y comimos en un local de la Plaza del Salvador.

Se nos metió en la cabeza ir a la Iglesia del Valle para rezarle a la Duquesa de Alba y nos dimos una buena caminata para que luego estuviera cerrada y quedarnos con las ganas. Pero bueno, así aprendimos donde está.

Un autobús urbano nos solucionó la vuelta y encima nos paseó por el Parque de María Luisa y La Torre del Oro. ¿Alguien da más?

El regreso a Badajoz fue sin incidencias. Sacamos los paraguas de M. José y los zapatos de Mercedes para las últimas fotos en el Complejo Leo y llegamos a casita sanas y salvas como si no hubiéramos roto un plato.

Muchas gracias por vuestra compañía.

Felizmente nos habíamos comido Paris en tres días... ¡y había que digerirlo...!

VIDAS

M^a Carmen Jaime Santamaría

Una luz intensa envolvía a todos y cada uno de ellos. Caminaban despacio, mirando al frente, sin comprender muy bien porque estaban allí ni como habían llegado. Mujeres y hombres de todas las edades, bebés en brazos de sus madres, hombres de cabellos blancos, adolescentes de mirada franca y piel tersa, jóvenes y no tan jóvenes.

Los había de todas partes del mundo conocido, Europeos, Americanos, Africanos, Asiáticos, y así hasta completar un mapa en el que todos tenían cabida. Todos tenían algo en común: sus vestiduras y su mirada eran idénticas.

Una túnica blanca les caía desde los hombros y les cubría los pies. Sus cabezas estaban adornadas con una cinta también blanca y debajo de ella sus ojos incrédulos, su mirada de asombro. Se miraban unos a otros intentando descubrir que hacían allí: de que conocían a su compañero de la derecha... esa cara la habían visto antes, el de la izquierda los observaba como si pensara lo mismo. Otros buscaban con la mirada a su compañera de vida, la que había seguido junto a ellos desde el día en que decidieron que nunca más estarían solos y juntos habían recorrido un largo camino. Ellas oteaban entre las cabezas para buscar al que un día les propuso recorrer ese camino. Unas veces los encontraba y otras no lo conseguían, simplemente no estaban. Los adolescentes se agruparon y miraron sus vestiduras tan alejadas de los vaqueros y las zapatillas que hasta aquel momento habían usado. Se observaron unos a otros y emitieron algunos susurros, les parecía que levantar la voz, tan habitual

en ellos, quizá rompería el momento extraño y lleno de paz en el que estaban inmersos. Intentaban, a través de sus miradas, descubrir el porqué de su presencia en aquel lugar desconocido, el porqué de sus vestiduras blancas, el porqué de la ausencia de sus padres, de sus abuelos, de sus hermanos, el cómo habían llegado hasta allí.

Ese viaje no era como los que realizaban con sus familias en las vacaciones o en los fines de semana: no, no lo era, pero al mirar las caras de sus compañeros ninguno pudo adivinar que ocurría. Todos estaban igual de sorprendidos, aunque todos ellos sabían que pronto acabaría aquella incertidumbre. Lo sabían porque al cabo de un tiempo, cuando el camino parecía llegar a su fin, buscaron los ojos del resto de las personas mayores que ellos y en sus miradas descubrieron que ellos sí intuían porque estaban allí, quizá ellos eran demasiado jóvenes para comprenderlo, y sus semblantes serenos les inyectaron paz y sosiego.

Se sintieron tranquilos y confortados y supieron que no estarían solos, que pronto sabrían que estaba ocurriendo, y que al final de aquel camino encontrarían respuestas. No lucía el sol, el sol que todos ellos, jóvenes y mayores conocían, pero la luz que les envolvía era mucho más brillante que cualquier día de verano cuando el rey del cielo calentaba durante horas su ocio de vacaciones.

Un poco alejada, una construcción semejante a una plaza circular con columnas parecía esperar su llegada, pero antes debieron pasar todos ellos a través de un laberinto que no era tal. Se internaron en él en grupos, sin acuerdo previo y todos rozaron con sus manos el seto que lo conformaba. Todos llegaron a la plaza circular sin perderse en ningún momento y todos también dedujeron que era el laberinto más fácil que habían visto. Algunos pensaron que todo era un sueño del que pronto despertaría.

rían, otros se sintieron tranquilos y extrañamente felices, pero todos seguían sin comprender, a pesar de la intuición de algunos, que estaban haciendo allí, como habían llegado y que vínculo los unía en aquel extraño lugar.

La plaza estaba vacía y volvieron mirarse unos a otros. No había camino de salida y comprendieron que su peregrinar había concluido. Personas como ellos, igualmente vestidas, aparecieron por detrás de las columnas y su extrañeza fue aún mayor al comprobar que se dirigían a ellos en solitario, en pareja, en grupo. Todos sabían a quién debían buscar y al encontrarlos sus sonrisas y su semblante confiado y pacífico tranquilizó sus corazones extrañados. Algunos de ellos conocían a los recién llegados de detrás de las columnas; habían recibido tiempo atrás sus abrazos, su cariño, su consuelo y consejos.

Juntos se dirigieron a las columnas de las que habían aparecido momentos antes. Detrás de cada una de ellas arrancaba un camino que finalizaba en pequeñas plazas, con un libro de grandes pastas situado en el centro de ellas. Ya no podían verse entre sí, solamente se vieron acompañados por las personas que los habían buscado en la plaza circular, la más grande, aquella a la que llegaron sin saber que hacían allí.

Los libros descansaban sobre grandes atriles, y a pesar de la luz brillante que los envolvía a todos, otra luz, esta vez dorada, iluminaba cada uno de ellos. Las hojas empezaron a pasar solas, sin que nadie las moviera ni hiciera ademán de hacerlo. Por cada uno de los libros desfilaron imágenes en movimiento como en una película. Ellos los miraron con extrañeza hasta que pasados los primeros momentos se dieron cuenta de eran sus vidas las que el libro les mostraba. No la vida presente, la que hasta ese mismo instante habían vivido, no, la que aparecía en aquellas imágenes era el futuro, la vida que les esperaba

a partir de entonces. Se sintieron afortunados; nadie hasta ese momento, que ellos supieran, había tenido la oportunidad de saber que les deparaba el tiempo. Miraron con interés creciente todo lo que en los libros iba apareciendo.

Los adolescentes supieron que serían médicos, abogados, investigadores, deportistas de élite, algún escritor, un músico reconocido, se enamorarían, serían padres y madres de uno, de dos, de tres hijos...

Los bebés, en brazos de sus madres, no podían entender de qué iba todo aquello pero ellas sí, y vieron a sus pequeños dar los primeros pasos, su primer día en el colegio, su primer diente, su primer amor, su primer beso, que para ellos y para sus padres sería el primero de cada acontecimiento en sus vidas por estrenar.

Los que ya peinaban canas vieron sus vidas futuras de jubilados tranquilos, rodeados de nietos traviosos y cariñosos, aprendiendo de nuevo a disfrutar de los momentos entrañables de una vida sin sobresaltos.

Los de mediana edad descubrieron que sus vidas laborales darían un vuelco, unos para bien, otros para no tan bien, pero saldrían adelante con esfuerzo y sacrificio; se vieron a sí mismos en las bodas de sus hijos, en las comuniones de sus nietos, en los cumpleaños de sus padres cuando cada año que pasa es un triunfo.

Los jóvenes, los que tenían una edad en la que ya no se es adolescente, observaron en sus libros sobre el atril como avanzaban en sus carreras, como creaban empresas de las que se sentirían orgullosos, como se levantarían una y otra vez a pesar de los malos ratos, de las noches sin dormir, de miles de números para salir adelante.

Todos vieron sus vidas futuras, sintieron las alegrías que les esperaban, las lágrimas que derramarían, el amor

que les haría felices, las vacaciones al final de un año cargado de esfuerzo y trabajo, Navidades alegres, fines de año optimistas, primaveras verdes después de largos inviernos.

Todos se sintieron protagonistas de algo único y que no tenía explicación.

Los libros, donde aquellas imágenes habían dejado al descubierto el futuro, se cerraron todos a la vez y cada uno de ellos se quedó mirando sus pesadas pastas sabiendo que faltaba algo a lo que no habían tenido acceso. Ninguno había podido ver cómo sería su muerte, el fin de aquella vida que les había sido mostrada.

Se volvieron a sus acompañantes y éstos los miraron con cariño, sabiendo lo que esperaban de ellos. No hablaron, solo les señalaron con la mirada hacia donde debían dirigir la suya. Allí, alejado de todos, en una plaza semejante a la que todos ellos habían llegado, había un joven de mirada ausente; no estaba solo, dos personas le acompañaban, vestía igual que ellos y también tenía un enorme libro sobre un atril donde había visto su vida futura.

Se dirigieron hacia él, y al verlo leyeron en su mirada porqué estaban allí, quienes eran los que habían venido a recibirles y les habían enseñado aquellos libros mágicos. Se miraron unos a otros, supieron quiénes eran, por qué se conocían, y descubrieron que su destino se había entrelazado hacía unas horas. Se rebelaron, pero fue solo un segundo de tiempo; en aquel lugar no había sitio para la rebelión ni para la ira contra aquel joven.

Allí todos eran iguales, no cabían rencillas, ni preguntas, ni tristeza; allí solo había paz y perdón; un perdón que se prolongaría por toda la eternidad hacia aquel joven que, en un momento de locura, había estrellado

contra una montaña el avión que el mismo pilotaba, desmembrando familias, sueños, vidas; las vidas de las que él tenía que cuidar y no lo hizo, las vidas que todos habían comprobado que ya no vivirían. Pero no había lugar para la tristeza, para la rabia, para el enfado.

Tenían a su lado a seres que habían venido a recibirlos, sus seres queridos que ya habían superado el trance por el que ellos estaban pasando.

Se sintieron unidos otra vez, como aquella primera en la que, con pánico indescriptible, gritaron al comprender que sus vidas llegaban a su fin, algunas de ellas sin apenas empezar a vivirlas. Y se sintieron tan unidos que, al no haber lugar para la rabia, la tristeza, el enfado, dieron paso a lo que si tenía cabida, la Paz y el perdón eterno para aquel joven que, en aquella mañana del 27 de Marzo de 2015, estrelló su avión contra una montaña donde sus vidas quedaron truncadas para siempre.

METAMORFOSIS EN EL CON- VENTO

José Luis Muñoz Arroyo

—Gabi, espera a que el tren se detenga por completo, primero bajaré yo con la maleta y luego te ayudo a bajar a ti.

—Sí, tito, no me moveré hasta que tú me avises.

Es una fría mañana del mes de octubre todavía no ha clareado el día y el tiempo es muy húmedo, no llueve con fuerza pero un incesante orballo lleva días empapando las tierras y los campos de esta comarca de Padrón.

Héctor es un joven de unos treinta y tantos, de compleción fuerte, cabello castaño claro, ojos verdes y profundos, pero su mirada denota una evidente tristeza. Viste un pantalón gris, una raída chaqueta de espiguilla en tonos parecidos al pantalón, corbata negra y brazaletes de luto en la manga izquierda de la americana

El niño, mordisquea con desgana una mantecada de Astorga de las pocas que quedan del paquete comprado durante el largo viaje. Mira desorientado a todas partes, tratando de hacerse una idea de dónde se encuentra. En la estación no hay nadie que les espere, nadie que les alivie la pena que se refleja en sus rostros. No comprende nada, salvo que la tierra que pisa es muy distinta a su Málaga natal, la luz grisácea del incipiente amanecer, la fina lluvia que no cesa, el acento de las primeras voces que oye en la estación, todo es extraño para él.

Héctor, su tío, le da la mano y con la otra sostiene la maleta de cartón en la que lleva las pocas cosas que Gabriel va a necesitar en el internado. Ambos caminan tor-

pemente por lugares de escasa luz y espesa niebla, llevan en el semblante las marcas inequívocas del sufrimiento por pérdidas recientes, el niño camina a al lado de su tío con el costado pegado a su muslo como queriéndole abrazar. Gabriel, cuando apenas tenía dos años, perdió a su padre después de una larga enfermedad pulmonar adquirida en campaña, casi tres años después fallece su madre de una muerte inexplicable y repentina de la que nadie conoce la causa. El tío Héctor suele decir a sus más allegados que murió de tristeza. Así que Gabriel o Gabi, como acostumbran a llamarlo, que todavía le falta un par de meses para cumplir los 5 años, ahora se aferra a su tío como única tabla de salvación. El chico empieza a espabilar el sueño y la fatiga del larguísimo viaje, ayudado por la fina lluvia que resbala por sus tiznadas mejillas, mira a su tío con ojos llorosos e inquisitivos:

-Tío, ¿a dónde vamos?

-Ya te dije en Málaga que íbamos a un colegio, pero es como una casa muy grande donde hay muchos niños como tú, que van a ser tus amigos con los que podrás jugar y pasarlo muy bien. También aprenderás a leer y escribir así podrás mandarme cartas contándome cómo lo pasas.

Gabi no responde, se queda pensativo, desconcertado, siente miedo y desamparo, empieza a notar frío, la destemplanza provocada por la larga noche pasada en el tren empieza a producir mella en él. El tío Héctor, se quita la chaqueta y se la coloca al niño por encima tapándole la cabeza a modo de capote. Gabriel aprieta en su puño un pequeño objeto imposible de precisar, pero lo mira de soslayo vez en cuando dejando entreabrir un poco sus dedos. Héctor parece distraído, insensible a lo que ocurre a su alrededor, pero la tristeza de su mirada denota el

sentimiento de la pérdida de su hermano, su cuñada y el desasosiego por el futuro de Gabi.

Tras una larga caminata en la dirección que había indicado el jefe de estación, se acercan al puente medieval, bajo el cual corretean cantarinas las aguas del Sar. Dan alcance a una señora vestida de negro riguroso de la cabeza a los pies, llevando un gran cántaro en difícil equilibrio sobre su cabeza, a la que después de dar los buenos días, le preguntan:

—Señora, ¿falta mucho para llegar al Colegio de huérfanos?

—¿O convento das monxas?

—Bueno sí, al internado de los huérfanos del ejército— responde Héctor, confuso por la frase.

—Está moi cerquiña, eu vou pra alá, lévolles o leite. Se queren lles acompañe.

—Pues sí, si no es molestia para usted...

—Molestia ninguna. ¿Veñen de moi lonxe?

—De Málaga, señora, en la otra punta de España— responde Héctor con marcado acento.

—¡¡Ay, Nosa Señora do Carme, qué peniña!! e con este rapás, tan pequeniño.

—¿Cómo te chamas meu rey?

—Me llamo Gabriel, pero casi todos me llaman Gabi.

El pequeño se sorprende de la forma de hablar de la mujer, no la entiende muy bien. Su tío le explica que en esta tierra se habla de forma muy distinta que en Málaga. Sigue la charla, hasta que la señora llama a la puerta de la casona, calle del Carmen nº 9, El edificio se presenta enorme ante los ojos del niño, la puerta altísima acabada en un arco, la fachada dispone de grandes ventanales rec-

tangulares que dan a la carretera. Aparece ante ellos una joven de veintitantos años que saluda sonriente.

Hola, Rosa, buenos días, pasa hasta la cocina y que te ayude Rafa con la leche

—¿Y este niño tan guapo cómo se llama?

—Me llamo Gabriel, pero casi todos me llaman Gabi- repite por segunda vez

—¿De dónde vienes, Gabi?

—Yo, de Mágala – responde el crío, lo que provoca la sonrisa de la empleada.

—Yo me llamo Sara y soy la cocinera del Colegio

—Qué suerte conocer a en primer lugar a la persona que hará la comida de mi sobrino, cuídemelo mucho- expresa Héctor casi suplicando

—Descuide usted, cuando vuelva a visitarlo no lo reconocerá de hermoso que se va a poner, se lo prometo.

—Podría avisar a la Superiora, por favor.

—Sí señor, ahora mismo, pasen al recibidor y esperen un momento, que enseguida les atiende.

La salita es amplia, luminosa y se ve muy limpia, decorada con unas macetas con plantas bien cuidadas, el mobiliario es austero, tan solo unos bancos de madera y una mesa no muy grande, las paredes blancas con un crucifijo y un cuadro de la Milagrosa.

Enseguida aparece en la sala Sor María, la madre superiora, persona enjuta, bajita de estatura, de ojos castaños y vivarachos pero de mirada dulce, todo en su rostro refleja bondad, sus manos se esconden cruzadas bajo las amplias mangas de su hábito, seguramente para resguardarse del frío húmedo de la mañana otoñal que se mete hasta los huesos en aquel enorme “convento”. Esas ma-

nos que ahora aparecen blancas y muy cuidadas se alargan para estrechar la del recién llegado.

—Buenos días y bienvenidos, soy Sor María, la Madre Superiora Yo me llamo Héctor y el pequeño es mi sobrino Gabriel.

—Hola Gabriel, ¿no me das un beso?

Tras una breve resistencia inicial y con la exhortación de su tío, el niño cede y se deja besar con cierta desconfianza, por aquella desconocida que viste de forma tan rara.

—¿De dónde vienes, Gabriel?

—De Málaga – Otra vez la sonrisa provocada por la dificultad del chaval para pronunciar bien el nombre de su ciudad.

—Mira, Gabriel, te voy a regalar una cosita, es un estuche pequeño, se abre así, ves, dentro hay una virgencita, la puedes sacar... es la Milagrosa, y por la noche cuando te acuestes, la pones entre las sábanas y la verás relucir, ella estará siempre contigo para acompañarte. Gabi miraba atentamente sin entender muy bien toda aquella charla, pero estaba encantado con regalo tan curioso.

Mientras el niño se distrae metiendo y sacando la pequeña figura en su estuche, el tío Héctor y la Superiora hablan aparte en voz baja, casi en susurros. Héctor refiere la historia de la orfandad y Sor María no puede contener las lágrimas, aunque había sido informada por el Patronato de ese nuevo ingreso, ahora se le presenta con toda su crudeza una tremenda realidad: Gabriel, a quien faltan un par de meses para cumplir los 5 años, es huérfano de padre y madre, le queda su tito Héctor que tendrá que regresar a Málaga enseguida para reincorporarse al trabajo. Hay algún caso parecido en el Colegio, pero éste le llega muy adentro a Sor María, al niño se le ve menu-

dito, endeble, muy vulnerable... será el benjamín del colegio, el más desvalido sin duda, su adaptación no será fácil, nadie ingresó tan pequeño y desamparado hasta la fecha.

Sor María con el alma hendida por la pena, no tiene más remedio que tragarse las lágrimas y tratar de convencer al pequeño para que traspase el umbral, abriendo la puerta acristalada que da acceso al internado y dejando en el recibidor al Héctor, que acaba de prometer al niño varias veces seguidas, que volverá muy pronto a visitarlo. En ese instante, Gabi, rompe a llorar con todas sus fuerzas: “Tito, Tito, no me dejes por favor, quiero irme contigo, no quiero estar aquíiii... no, ¡¡inooo...!!!”

Tras un intenso forcejeo acompañado del llanto desgarrado del chiquillo, Sor María sujeta firmemente a Gabi por ambas muñecas, tirando de él hacia adentro, mientras el niño lo hace en sentido contrario, hacia el portal, donde a través de la cristalera se vislumbra la silueta de Héctor sollozando y tapándose el rostro con las manos evitando presenciar la escena. Gabi tira con fuerza hacia el portal, apoyando fuertemente sus pequeños pies en el suelo embaldosado, encorvando su cuerpecillo menudo hacia atrás, tratando de oponer toda su resistencia, pero las fuerzas son muy desiguales y al fin el niño tiene que ceder, ahogándose en un eterno y desconsolado llanto. Por fin Sor María, a base de dulzura, paciencia y palabras de consuelo, logra coger en brazos al pequeño Gabriel, al que besa en la cara empapada de lágrimas que resbalan todavía lentamente por sus mejillas. Ya lo acuna con suave balanceo frotándole la espalda, mientras todavía se oyen los suspiros entrecortados de un desconsolado Gabi, que está rendido por el esfuerzo, por el disgusto y por el largo viaje. Sor María se gira hacia la puerta de la capilla a la que se dirige para pedir ayuda a quién ella cree

que es el único que puede dársela. La cara del pequeño, en brazos de la Superiora, queda ahora mirando hacia la puerta de entrada provista de cristales traslúcidos, a través de los cuales se observan dos manos apoyadas desde el exterior, que se van deslizando lentamente hacia abajo empapadas en lágrimas hasta desaparecer por completo, Gabi ya está casi dormido, cuando Sor María se sienta con él en brazos en un banco de la capilla, ahora solitaria e iluminada con la única luz natural que se cuela a través de las puertas laterales acristaladas. Del altar todavía se desprende un ligero aroma a incienso y cera derretida, una solitaria lámpara de luz muy tenue parece guardar el sagrario. En ese sacro silencio, la Superiora pide fuerzas para hacer de aquella criatura una persona sana y educada; más tarde le colocaría en su cuello un cordoncito azul con una medallita ovalada de la Virgen Milagrosa.

Los días van pasando con lentitud pero inexorablemente, y Gabi se adapta no sin ciertas dificultades, batallando con tareas tan simples como lavarse, vestirse, enfadarse con los cordones de las botas, abrocharse el mandilón...sin contar con la rigidez de los horarios, los madrugones, la disciplina, la misa donde con frecuencia se queda dormido...

El chaval es una ardilla, aprende rápido y además cae bien a todos, tiene “ángel”, su acento andaluz y esa forma de pronunciar Mágala contribuyen a incrementar su simpatía. Su cuerpecillo menudo, sus torpes andares arrasando las botas un par de números mayor que el que le corresponde, hacen de él una especie de mascota que todos quieren acariciar, sobre todo las monjas y las empleadas de la casa. Entre todos intentan hacerle la vida agradable, aunque algunas noches sus sollozos incontenidos contagian a sus compañeros más cercanos de dormitorio.

Entre tantos cariños que el benjamín recibe, hay uno muy especial, el de la persona del Centro que el niño ve por primera vez, Sara, la cocinera que sale a recibir a la lechera el primer día y se encuentra con el rapaz. Sara, tenía una buena estatura sin llegar a ser una mujer alta, sino armoniosa y bien proporcionada, aunque un poco delgada. Su rostro por lo común tendía a una palidez nacarada, tan solo encendido en ocasiones por el rubor que seguía a los desencuentros con la jefa. Sara estaba dotada de una boca algo grande y nariz pequeña resultando un conjunto atractivo y seductor. Sus ojos negros tan pronto resplandecían como se apagaban fugazmente, por la dureza de su trabajo y el trato desagradable de Sor Pilar quien se encargaba de dirigir la cocina.

Desde ese primer instante se crea entre ellos una corriente de simpatía muy difícil de explicar con palabras. Sara queda prendada de esa criatura de ojos claros y profundos, pero de mirar nostálgico que piden desde sus entrañas una palabra, una sonrisa, una caricia. Sara lo ha visto tan delgado, endeble y vulnerable que desde ese primer día prometió que lo colmaría de atenciones aunque fuese a hurtadillas proporcionando al chiquillo todo aquello que estuviera de su mano para proporcionarle una sobrealimentación o simplemente un regalo para su paladar.

Rafael, el hombre que hace de conserje, jefe de mantenimiento y de lo que haga falta, es el típico manitas que lo mismo te arregla un grifo que gotea, una cisterna que pierde agua, o te instala un enchufe, cambia cerraduras, coloca cristales...lo que haga falta. Tendría 25 o 26 años, de constitución fuerte y vigoroso, bien proporcionado y atlético. Su pelo castaño lo peina con raya a la izquierda echando el flequillo hacia atrás que en cuanto se le seca vuelve sobre la frente. Es un joven de andar pausado pero

erguido y seguro de sí mismo. Nunca parece tener prisa por más que Sor Pilar le apremie a voz en grito, para hacer esto, aquello y lo de más allá, pues no podía ver a nadie tomarse la vida con sosiego.

Tanto Sara como Rafael están a las órdenes directas de Sor Pilar, una monja de unos cuarenta y tantos, de complexión fortachona, ancha de espaldas, un tanto varonil en sus andares como en las formas bruscas de dirigirse a los empleados y a los alumnos, a los que no duda en sacudir con lo primero que encuentra, ya sea una raqueta o el palo de un banderín. Las empleadas temen su presencia, siempre está nerviosa pareciendo más enfadada consigo misma que con los demás, de carácter hosco y difícil:

¡¡Sara, despierta de una vez!! Es la hora del desayuno de los niños y tú con tu parsimonia de siempre, espabila ya, por el amor de Dios, los horarios se cumplen a rajatabla.

Sí, hermana, ya voy – contestaba la joven con un hilo de voz y seguía a lo suyo con infinita paciencia.

Aunque era una mujer joven, Sara llevaba varios años trabajando en la cocina del colegio. El trabajo era duro, a veces cargaba con sacos de patatas de 20 kilos, movía pesadísimas ollas con las raciones para 153 niños, cogía cestos enormes de fruta, encima el sueldo era exiguo y las gratificaciones nulas.

Cierto día que la faena parecía ir con retraso, Sor Atila, como la llamaban los chiquillos, entró vociferando como de costumbre, abroncando a Sara porque la comida no iba a estar a su hora y que si los horarios son sagrados, que los niños no pueden esperar, que luego se retrasa todo lo demás... Como semejantes voces llegaran hasta la Comunidad, acudió la Madre Superiora para ver qué ocurría. Nada más entrar llamó su atención el aspecto pálido y enfermizo de la empleada que se hallaba sentada en una

silla sudando frías gotas a través de su frente, a punto de desfallecer:

—Sara, tú no estás bien, ¿qué te pasa chiquilla?!- expresó con preocupación Sor María.

—No sé, Madre, hace días que no como nada, tengo dolor en el vientre, me fallan las fuerzas- su voz es susurro apenas audible.

—¡Pero si tienes fiebre! —dijo la religiosa al poner la mano sobre su frente - ahora mismo te vas a tomar una manzanilla con una aspirina y te metes en la cama, mañana si sigues mal te acercas a la consulta de don José, para que te eche un vistazo.

Rafael estaba continuamente arreglando desperfectos en la cocina cuando no era el grifo del fregadero, era una tubería picada, ora había que cambiar la ubicación de un enchufe, ora enmasillar un cristal de la ventana. Lo mismo encolaba sillas del comedor que trasteaba en la radio cuando no se recibía bien la emisora.

Tantas idas y venidas a la cocina y territorios adyacentes, sirvieron para que el bueno de Rafael se fijara en Sara y cada vez las reparaciones en aquella zona resultaban más placenteras al empleado. Esa tarde de la bronca y posterior retirada de Sara al dormitorio de empleadas, llegó Rafael como de costumbre preguntando:

—Hermana, ¿no hay nada que reparar?

—Lo único estropeado aquí es la cocinera y a esa no creo que la puedas arreglar tú, o es que también sabes de medicina.

—No, pero a lo mejor puedo acompañarla al médico mañana, si es que ella no se atreve a ir sola.

—Pues mira no está mal pensado, total para lo que haces... pero eso tendrás que hablarlo con la Superiora

Rafael llevaba algún tiempo que no sabía qué inventar para pasar por la cocina y cruzarse con Sara, sus ojos se iluminaban cada vez que su mirada encontraba la de ella y ambos sonreían, ya queda dicho que Sara era además de una mujer sensible y eficiente, muy atractiva, aunque en estos últimos días se había deteriorado un poco debido a la crisis que atravesaba. El joven se prodigaba cada vez más en dirigir frases hacia ella mirándola con ternura y hasta compadeciéndose por verla tan desmejorada. Últimamente no dudaba en acercarse a la cocina a la hora de máxima faena para ayudar a Sara con la tarea ingrata de mover grandes pesos, a lo que la Sor no ponía objeciones con tal de que las comidas estuvieran listas a la hora prevista, la monja empezó a pensar que Sara no servía para ese trabajo.

Después de obtener el permiso de la Superiora para acompañar a Sara al médico, la relación de la pareja salió fortalecida. Ambos tuvieron la oportunidad de hablar largo tiempo durante el recorrido hasta la consulta, en la sala de espera y en el trayecto de vuelta al Colegio.

Durante la consulta, don José tras unas breves preguntas y palpación del vientre de la enferma no necesitó nada más, Sara había contraído cistitis, una infección de orina. La chica había contado al médico que la higiene íntima en el colegio había de hacerse en pésimas condiciones, con agua fría pues era la única disponible, aunque fuera en pleno invierno y a las 7 de la mañana. Don José soltó entre dientes un “manda cara...” y extendió una receta con la medicación para Sara y una nota aparte para la Superiora, en la que recomendaba encarecidamente que tanto Laura como las demás empleadas del centro, tuvieran posibilidad de calentar agua para la higiene íntima. De hacer caso omiso de tal recomendación se vería

obligado a tomar otras medidas, incluyendo dar parte a Sanidad.

—Seguro que las monjitas disponen de agua caliente en la comunidad— murmuró Don José.

Sara, dada su juventud, se curó pronto y aquella incomodidad matutina quedó subsanada. Rafael seguía cada vez más y más encariñado con aquella delicada joven que una vez superada aquella pequeña crisis, la mujer salió muy reforzada tanto física como sentimentalmente, con ganas de demostrar que era capaz de llevar la cocina con todas sus consecuencias, incluso soportar con estoicismo el carácter intemperante de Sor Pilar. A partir de entonces, pondría todo su empeño en cumplir la promesa que un día hiciera ante el tío de Gabi, procurando hacer al crío la vida lo más agradable posible, empresa que se vería reforzada por el empeño que ponía Rafael quien también participaba en la empresa de agradar al benjamín del “convento”, porque los deseos de Sara eran los suyos; aquel pequeño sin padre ni madre, tenía ahora dos fuertes puntales en los que apoyarse con toda confianza. Rafael con tal de agradar a Sara no paraba de obsequiar a Gabi: unas canicas, unas chapas, unos cromos, un trozo de pan de higo... cualquier fruslería para tener contento al chaval al tiempo que agradaba a Sara a la que cada vez se sentía más unido.

Llegaron las fiestas del pueblo, la Pascua de Padrón, la villa se llenó de música a cargo de la banda municipal de Padrón y otras agrupaciones folclóricas que alegraban las calles con el sonido tan característico de esta tierra, la gaita; se engalanaron las casas y balcones con banderolas multicolores y luces en las calles, todo era bullicio y algarrabía, gran salva de bombas pirotécnicas llenaban el aire con gran estruendo, el espolón tantas veces solitario, se presenta ahora abarrotado de gente llegados de todas las

comarcas limítrofes, el paseo es en estas fiestas un río de personas abigarrado y colorista. A Gabi no le faltó su duro que envió su tío, para subir en los caballitos, en las barcas, o en los coches de choque acompañado de algún compañero mayor. Aparte las chucherías que consiguió de sus protectores, que en esa fiesta fueron especiales, incluyendo los churros y las típicas rosquillas que no faltan nunca en las fiestas de los pueblos.

Con la llegada de la primavera los escarceos amorosos de Rafa y Laura iban en aumento, empezaron los primeros contactos cuando los jóvenes, acompañados de la “carabina con corneta”, iban a la feria de Padrón para adquirir víveres para el colegio, en esas situaciones entre la multitud de gente que deambulaba entre los puestos del mercado, se multiplicaban las oportunidades de darse la mano, intercambiar miradas y sonrisas cómplices, de rozar sus cuerpos sintiendo el tibio calor de la piel. Otras veces en el convento, con motivo de llevar a los cerdos los cubos con sobras de comida, de cualquier reparación en la cocina, o en la despensa, la pasión se apoderaba de ellos acelerando los pulsos por el miedo a ser descubiertos, los ojos brillantes hacían chiribitas y los ardientes besos ya no podían ni querían evitar, ese amor incipiente nadie podría detenerlo. El entusiasmo, el cariño y la confianza mutua de la pareja era tan evidente que la jefa, aquella “tormenta de alas blancas”, no tardó en percibir la relación de amor verdadero entre los dos empleados.

Al contrario de lo que ellos esperaban, la hermana Sor Pilar no puso ningún obstáculo a la pareja, la religiosa tosca y avinagrada, de carácter irascible, pareció aceptar con naturalidad aquel amor sincero y apasionado, mirando para otro lado ante los encuentros a solas de la pareja. Escarceos amorosos que dada naturaleza vigorosa de la juventud, provocaron los cuerpo a cuerpo más ar-

dientes en los principios de verano cuando el sol estallaba entre los árboles del huerto, la temperatura del aire y el aroma de frutales en flor, excitaba la sangre avivando la pasión de la pareja que se entregaba al intercambio de besos y caricias; hasta que Sara, siempre Sara, recomendaba una pausa, influida por su negativa educación religiosa. Calmados los primeros ardores de la relación, el cariño, la armonía, la confianza, la felicidad de Sara y Rafa se reafirmaba progresivamente, lo que provocaba una sensación de plenitud, preciado tesoro para poder afrontar las duras condiciones de trabajo: los pesos de las ollas, el exiguo sueldo, la falta de seguro, los veranos sin cobrar...

Al tiempo que se consolidaba el amor de la pareja, el interés de los empleados por el pequeño Gabi se hacía más y más patente. Las atenciones, los obsequios, el cariño era tan real, que llegó a provocar celos entre compañeros de la clase de pequeños.

El curso estaba a punto de finalizar, aquellos niños que con toda seguridad acudirían a sus casas para encontrarse con sus madres, hermanos, familiares y amigos, ya preparaban sus maletas y en sus rostros se evidenciaba el nerviosismo y la felicidad tras nueve meses de alejamiento.

A Gabi, se le notaba la tristeza en la mirada y el decaimiento del ánimo, la posibilidad de regresar a su “Mágala” era remotísima, el tito Héctor le había dicho en su última carta que hacía poquísimo que estaba en un nuevo trabajo y no tendría vacaciones hasta que cumpliera el año de antigüedad en la empresa. Rafael, que lo veía tan desanimado, trató de darle consuelo:

-Gabi, no estés triste, ahora en el colegio quedaréis muy pocos niños, las monjas os llevarán al río, al prado, a

Santiaguíño... y a primeros de Julio, a una preciosa isla con un castillo magnífico, donde podrás jugar todo el día, ir a la playa, aprender a nadar y pescar. Ya verás Gabi, confía en mí, conozco bien ese sitio, es maravilloso.

-Bueno vale, pero este mes de me voy a aburrir, casi todos los de mi clase se van a sus casas.

-Eso ya lo tenía previsto, por eso en el cuarto de calderas te tengo preparada una sorpresa.

Rafael que como queda dicho servía para todo lo que tuviera relación con reparaciones del edificio, había construido un triciclo con los restos de una vieja bicicleta y el tablero de un pupitre desvencijado, una vez repasadas las soldaduras lijado y pintado, el triciclo parecía recién sacado del escaparate de la juguetería de “El Coche-rito” Esa misma noche se lo entregó al chaval que tardó en conciliar el sueño pensando en estrenarlo a la mañana siguiente. Fueron muchas horas de trabajo a escondidas del amigo Rafael convertido casi en un verdadero padre, aquello marcaría para siempre tanto al uno como al otro.

Han pasado muchos años desde aquella transformación surgida entre las paredes del viejo “Convento”, como llaman las gentes del pueblo al colegio. Los protagonistas de este relato existen, las circunstancias y los nombres (no todos) son producto de la imaginación. De la superiora, desconozco su final, Sor Pilar dejó los hábitos, la caridad no era su camino, ni el afecto y delicadeza con los niños su vocación, sin embargo supo comprender, aceptar y favorecer el amor de Sara y Rafael que siguen unidos a sus 86 años. Gabi es un empresario de Gijón, todavía conserva aquel pequeño objeto que encerraba con fuerza en su puño cuando se dirigía de la estación al colegio, un camafeo con una foto de la cara de su madre. En todos ellos se produjo una verdadera metamorfosis.

EL ABUELO

Lucas Remírez Eguía

¿Por qué desde hace unos días, cuando se levantaba por las mañanas, sentía como si la habitación girase a su alrededor? Tenía que sentarse en el borde de la cama, cerrar los ojos y esperar un poco a que todo volviera a la normalidad y se estuviera quieto. Todo: la lámpara, la cómoda, las paredes, la mesilla. Todo quieto, entonces, sólo entonces, se ponía de pie e iniciaba la ceremonia de vestirse. Primero las zapatillas, luego el batín encima del pijama.

Por la cocina ya se oía el sonido del lavavajillas que Pelagia había puesto en marcha.

“Papá mira que eres cabezón con esa manía de no querer venir a vivir con ninguno de nosotros”. Eso le dijeron sus hijos a los pocos días de morir su mujer. Pero él se mantuvo firme y entonces, llegaron a la conclusión de que había que ponerle alguien que se hiciera cargo de la casa unas cuantas horas al día, bastantes horas, y ese alguien fue Pelagia. Peruana de nacimiento, afincada en España desde hacía muchos años, pasaba de los cincuenta y tenía el temple suficiente como para bregar con un hombre de ochenta años acostumbrado a mandar en una empresa de componentes eléctricos con cerca de 60 empleados.

Para cuando él se levantaba, Pelagia, que tenía llaves de la casa, ya había recogido la vajilla de la cena de la noche anterior y preparado el desayuno. Luego se iba a comprar y al volver, arreglaba la casa y preparaba la comida. Comía en casa y a eso de las cinco de la tarde, se

iba, dejándole la cena hecha para que sólo tuviera que calentársela en el microondas. No se llevaban mal, después de casi 15 años; podía decirse que hasta se llevaban bien aunque había veces en que los dos caracteres fuertes chocaban, sobre todo al principio. Luego a Fulgencio, que ese es el nombre de nuestro personaje, se le fueron bajando los humos y entendió que su calidad de vida dependía en gran parte de Pelagia. Así que terminó por asumir que una desconocida mangoneara en la casa y ejerciera el papel de gobernanta, pero con un solo gobernado.

Desayunó mientras hojeaba el periódico que ella le había traído, se duchó y antes de vestirse le preguntó qué tal día hacía. "Bueno, con sol, aunque hace un poquito de aire. El termómetro de la farmacia de abajo marcaba 21°.

—¡El bastón! —Le gritó Pelagia, cuando ya iba a cerrar la puerta de casa para irse a la calle.

¡Jodido bastón! No se hacía a tener que ir con el bastón. La culpa era de la caída que tuvo hacía un par de meses al salir de casa. La verdad es que la culpable de la caída fue una baldosa que estaba semi levantada. Tropezó en ella y se cayó de bruces. Revuelo entre los peatones. Le ayudan a levantarse y le llevan a la farmacia próxima. Nada, unos rasguños en la rodilla derecha, en las manos y en la cara. Limpieza de las zonas afectadas y Betadine. "Convendría que se pusiera la antitetánica abuelo y debe tener más cuidado cuando ande". Abuelo... la mirada que le lanza Fulgencio al farmacéutico hace que desaparezca la sonrisa y el gesto de conmiseración con que acompañaba sus palabras. Fulgencio no quiere darle explicaciones y se limita a darle las gracias.

Las explicaciones que les dio a sus hijos no les convencieron mucho pues, una vez que hubieron venido de Urgencias y ya con la antitetánica puesta, llegaron a la conclusión de que: "Lo mejor para papá es que vaya con un bastón cuando salga a la calle".

Esa fue la lista de su hija mayor. Separada, bastante neurótica, con dos hijos emancipados, se aburría y ejercía como si fuera un inspector de la guía Michelin. Como disponía de llave de la casa de su padre, se presentaba de improviso y se dedicaba a supervisar, tanto a Pelagia mientras cocinaba, "ya sabe, Pelagia, muy poquita sal, si es nada mejor, que luego a papá le sube la tensión", como pasaba el dedo por encima de los muebles, o se metía en el dormitorio de su padre y revolvía los cajones viendo qué tal andaba de ropa interior. "Nos tenemos que comprar un par de camisas de manga larga" y Fulgencio nunca sabía si es que ella también se iba a comprar un par de camisas o hablaba en mayestático. Como sabía la talla que usaba su padre, a los dos o tres días aparecía en casa con un par de camisas y Fulgencio, a regañadientes, reconocía que tenía gusto para elegir las. Así que ella fue la que dio la idea del bastón y dicho y hecho, al día siguiente se presentó con uno de contera de palta, cuya empuñadura de marfil representaba la cabeza de un galgo. Él no se hacía al bastón; cada dos por tres, Pelagia tenía que recordarle que lo llevara, incluso, más de una vez, tuvo que salir detrás de él hasta el portal con el bastón porque se le había olvidado.

No hacía mal día, la primavera había empezado a florecer y los tilos de la avenida desprendían un olor agradable y relajante. Fulgencio tenía buen aspecto, de estatura media, tez morena, él decía que de tanto tomar batido de zanahoria en el desayuno, cabello liso peinado hacia atrás con amplias entradas; vestía una camisa de

cuadros pequeños, azules y blancos, con el cuello abierto que dejaba asomar un pañuelo de yerbas, una chaqueta de ante, pantalones de franela y unos zapatos de sport. No representaba más de 70 años.

Caminaba despacio ya que le gustaba disfrutar del ambiente de la calle, del ir y venir de la gente. Era urbanita recalcitrante y su ciudad se la tenía pateada de arriba abajo. Cuando quería ver alguno de los barrios nuevos que habían construido en el extrarradio, cogía el autobús y se daba una vuelta contrastando la modernidad de las urbanizaciones, la cantidad de zonas verdes y la juventud de sus habitantes, con el entorno del centro de la ciudad, que es donde él vivía.

Siguió paseando despacio avenida abajo, al poco llegó a una cafetería y entró. "Buenos días D. Fulgencio, ahora mismo le preparo lo suyo". Se les había metido en la cabeza que debía tomar el café sin cafeína, "problemas de tensión", decían. Él, al principio, se negó pero después, al poco tiempo, decidió no discutir y desayunaba café descafeinado, por eso, cuando salía de casa por las mañanas, lo primero que hacía era entrar en la cafetería y tomarse un café solo bien cargado. Cuando iba a revisión al médico, que ahora llamaban de familia, y le salía la tensión un poco alta, su hija informaba: "Pues apenas toma sal, más bien nada" y él añadía: "Hasta el café lo tomo descafeinado".

Médicos, la de médicos que hay en el mundo y urólogos un montón, bueno pues cuando, hace años, le mandaron revisar la próstata, se encontró con que el urólogo que le correspondía era uróloga, una chica joven y guapa. Al principio, cuando le dijo que se bajara los pantalones, se mostró un poco remiso pero viendo que no tenía más remedio, decidió tomárselo con humor y cuando la otra se puso los guantes y le dijo que se inclinara hacia adelante

y se relajara, él contestó que relajarse se relajaba, pero a condición de que ella se hubiera cortado las uñas. Así era Fulgencio.

Pasó junto a la central de una de las entidades bancarias de la ciudad y entró en ella. Atravesó el amplio vestíbulo y al final, a la derecha, entró en una sala provista de confortables butacas donde, en una de las paredes, unas pantallas iban marcando el devenir de los valores bursátiles. El color rojo predominaba, lo que hizo que un señor que estaba sentado junto a la butaca que ocupó Fulgencio, le dijera: "Mal panorama, lo mismo es el momento de vender antes de que esto vaya más para abajo". "El día no ha hecho nada más que empezar, queda mucho todavía, tranquilo", le dijo Fulgencio mientras seguía con la mirada los cambios continuos de los valores en las pantallas.

Al cabo de un rato, se levantó y salió del banco. Siguió caminando por la avenida sin perder detalle de cuanto le rodeaba. De vez en cuando, alguien le saludaba, tenía muchos conocidos en la ciudad. Se detuvo delante del escaparate de una agencia de viajes. Había multitud de ofertas para ir a los lugares más recónditos del planeta.

"En cuanto me jubile, tú y yo nos vamos a ir de viaje a donde más te apetezca, los dos solos, a nuestro aire". Y ella le tomó la palabra y al poco de jubilarse le dijo: "¿Dónde nos vamos?". Fueron a una agencia y volvieron a casa con un montón de folletos de propaganda. Y lo decidieron: Portugal, Francia e Italia. Diez días a cada sitio.

Habían viajado poco. Durante los primeros años de matrimonio, la cosa no daba para viajes, mucho trabajo y muchas horas extra en trabajos particulares. Los hijos llegaron tarde y fue al tener el tercero cuando Fulgencio se decidió a establecerse por su cuenta; más trabajo toda-

vía y más dedicación. Ella, bregando con la casa y los hijos. Con el tiempo entró en casa una mujer que le echaba una mano por las mañanas. Más tarde, cuando empezaron las cosas a ir bien, vino lo de comprar un apartamento en la playa y allí iba la familia a pasar el verano, mientras él seguía al frente de la fábrica hasta que llegaba la segunda quincena de agosto en la que se iba a descansar con la familia hasta principios de septiembre. Algún viaje hicieron pero sin salir de España. Él sí viajó al extranjero para visitar Ferias de Muestras de su especialidad. Por eso aquello de: "Cuando me jubile...". Y lo hicieron. Visitaron: Oporto y Lisboa y Coimbra, y Estoril y Paris, y Parma y Florencia y Venecia y Bolonia y Pisa y Verona y el lago di Garda y Roma y el Vaticano y...

Cuando volvieron, él reveló todos los carretes de fotografías y proyectaron las películas, grabadas con el tomavistas, en una pantalla enrollable que se desplegaba sujeta en un trípode y pasaban veladas enteras rememorando los momentos felices que habían vivido y asimilando todo lo que habían visto. Aprovechaban cuando los domingos venían a comer a casa sus hijos con sus familias y les organizaban sesiones demostrativas de todo lo que habían vivido, sobre todo ella, que ponía un énfasis especial cuando explicaba algo.

"Por favor caballero, me permite". Parado que estaba, viendo el escaparate de la agencia de viajes, dificultaba el paso a una chica con aspecto de sudamericana que empujaba una silla de ruedas con un señor sentado en ella. Él también empujó silla. Sampedro, en su novela "La sonrisa etrusca", le llamaba la "rusca", él, desde el primer día, le llamó el veneno. Y el veneno se la llevó. Fue al poco de hacer el viaje, no habrían pasado siete meses cuando un reconocimiento rutinario lo detectó y la cosa fue fulminante. La quimioterapia poco pudo ha-

cer, eso sí, debilitarla de tal manera, que para que saliera a la calle, la única forma era la silla de ruedas y él se encargó de ello. "¿Dónde quieres que vayamos a pasear hoy que hace muy buen día?". "Me gustaría ver el paseo de la ribera, junto al río". Y allí iban los dos, él empujando la silla con cuidado para que cualquier desnivel de la acera no le afectara. Ella sin perder detalle, intuyendo que, probablemente, fuera la última vez que viera aquello. Luego ya no tuvo fuerzas ni para aguantar el traqueteo de la silla.

El sonido monocorde del semáforo, acondicionado para invidentes, le trajo al presente. Atravesó la calzada y alcanzó la otra acera antes de que dejara de sonar. Siguió caminando y al poco se paró ante un edificio neoclásico, con unos enormes ventanales en la entreplanta. Unas escaleras de mármol, flanqueadas por dos figuras de bronce que sostenían unos candelabros, daban acceso a unas puertas de madera giratorias, acristaladas, que introducían al visitante en un vestíbulo con profusión de molduras florales de yeso, orlas y espejos, donde un conserje le daba los buenos días. El Círculo, era el nombre del edificio que albergaba una sociedad que, en tiempos, fue la referencia de la ciudad por la categoría económica, social y cultural de sus afiliados y hoy era una entidad cadauca, aferrada a sus tradiciones, tratando de subsistir. A la izquierda, un inmenso salón, de suelo de brillante tarima, salpicado de sillones y tresillos de cuero, rodeando mesas bajas de superficie de cristal o mármol. Fulgencio se dirigió hacia uno de los ventanales donde, retrepados en sendos sillones, dos hombres charlaban mientras contemplaban el panorama a través de las cristaleras.

Fulgencio saluda a la pareja, toma asiento e hizo un gesto a uno de los camareros que, al poco, se acercó con un vermut con dos cubos de hielo y un par de olivas y un

cuenco con patatas fritas chips que daban la sensación de estar recién hechas. Los dos hombres eran amigos de Fulgencio desde hace muchos años. Al jubilarse, cogieron la costumbre de reunirse habitualmente en la Sociedad un poco pasadas las doce del mediodía. Allí comentaban la actualidad local, nacional, internacional y lo que hiciera falta, mientras degustaban un aperitivo. Cada día pagaba uno por riguroso turno. En el turno, hasta hace tres o cuatro años, entraba un cuarto amigo que empezó a dejar de acudir. El Alzheimer había hecho presa en él y poco a poco, le fue venciendo hasta que la familia decidió ingresarlo en una Residencia especializada en el trato con esa clase de enfermos. Desde que lo ingresaron, Fulgencio no había martes que no acudiera a visitar a su amigo. Se lo había tomado como un deber y lo cumplía a rajatabla. Normalmente iba en taxi, ya que la Residencia estaba a las afueras.

Los celadores y las enfermeras ya lo conocían y normalmente, para cuando él llegaba, ya lo tenían sentado en una butaca de mimbre, cerca de la galería que daba a un jardín. Fulgencio llegaba, se sentaba a su lado y comenzaba a hablar con él. Su teoría era que el otro sabía quién era y mantenía con él una conversación normal y corriente, con la diferencia que sólo iba en una dirección, sin encontrar réplica o asentimiento por la otra parte. Su amigo, mientras él hablaba, permanecía con la mirada perdida en un punto indeterminado del jardín y el rostro inexpresivo. Había veces que miraba hacia él y entonces. Fulgencio le miraba fijamente al rostro tratando de atisbar alguna reacción. Nada, casi ni parpadeaba, pero no se desanimaba y seguía contándole cosas. Cuando se despedía de y salía a la calle, tenía una mala sensación que tardaba mucho en desaparecer. En la reunión del día siguiente con sus amigos y tertulios, la primera pre-

gunta solía ser: “¿Cómo lo encontraste?” y la respuesta siempre la misma: “Igual”.

Contertulios..., ¡qué buenas fueron aquellas tertulias semanales en casa de Tote! Su amiga de la infancia Tote.

Llevaría viudo tres o cuatro años y un día, cuando iba a entrar a una cafetería, se dio de bruces con ella que salía deprisa. Siempre había sido una chica inquieta, movida y un tanto alocada. Sentados delante de un par de cervezas ella le puso al corriente de su vida. Hacía unos meses que había vuelto a su ciudad de nacimiento. Con tres hijas a las que había abandonado junto a su marido, cuando la mayor tenía seis años y la pequeña tres, ella se fugó con un camionero. Su marido las dejó a cargo de los abuelos maternos, de posición económica acomodada y emigró a Méjico donde montó una industria. Ella, educada en un colegio suizo, tocaba el piano y hablaba dos idiomas. Pasada su pasión por el camionero se fue a París y allí estuvo dando clases de español, inglés y piano. Pronto se integró en el París de la bohemia y los garitos de Montmartre y Pigalle dejaron de tener secretos para ella.

Con el tiempo conoció a un empresario egipcio y con él se fue a vivir a Alejandría. Cuando, al cabo de los años, su relación se rompió, volvió a París y allí estuvo viviendo hasta que algo le dijo que se había hecho mayor y debía volver a sus orígenes. Así que se volvió a España y se instaló en la casa que había heredado de sus padres cuando murieron. Con 60 años recién cumplidos, una hija fallecida y las otras dos, con las que había mantenido contactos esporádicos, que le habían hecho abuela y que vivían en lugares diferentes, decidió reorientar su vida y volvió a dar clase de piano y a organizar tertulias en su casa un par de veces al mes. A esas tertulias invitó y animó a Fulgencio a que asistiera.

“Seguro que te lo pasas bien, verás que gente más interesante conoces; de paso te servirá para evadirte del vivir cotidiano y monótono que llevas”.

Así que Fulgencio se animó y un atardecer se fue a casa de su amiga. Los tertulianos eran de lo más variopinto, no cabía duda de que eran gente interesante: Un crítico de cine del periódico local, un catedrático de Historia del Instituto y maestro de judo, un escapatista homosexual, un numismático pareja del escapatista, la dueña de una tienda de decoración, un pintor especializado en acuarelas y un anticuario salido hace poco de la cárcel, donde estuvo cumpliendo condenado por receptación de obras de arte robadas.

En medio apareció Fulgencio, a algunos conocía de vista aunque con la mayoría había diferencia de edad. La costumbre era que todos aportaban algo para picar mientras se hablaba en torno a un par de mesas bajas donde se ponía lo que hubiera para tomar. Fulgencio desde el primer día que fue se autoproclamó el soumiller del grupo y colaboraba con un par o tres de botellas de vino, de buen vino. La dueña, de la casa, Tote, solía sorprenderles un día con un par de tortillas de patata, otro con pinchos morunos, couscous o sándwiches que se tardaba en adivinar de qué estaban hechos. La velada comenzaba allá al atardecer y terminaba bien pasada la medianoche. Alguna vez el anticuario llevaba unos cuantos porros “Para el que quiera compartir”.

Incluso, hubo una ocasión, en la que sacó un paquete y mientras deshacía el envoltorio comenzó a recitar: “Abres el sésamo de la alegría/ cáñamo verde kif de Turquía. Yerba del Viejo de la Montaña /el Santo Oficio te halló en España. Yerba que inicias a los faquires/ llena de goces y Dies Ires.

Verde esmeralda loa el poeta/persa tu verde vistió el profeta. Kif —yerba verde del persa— es /el achisino bhang bengalés. Charas que fuma en el diván /entre odaliscas el gran sultán”. ”Si Valle Inclán escribió esto, no puede ser malo”, dijo al terminar, mientras acababa de desliar el envoltorio y aparecía una pipa para fumar kifi que, una vez montada, la cargó, la encendió y dio tres largas y profundas caladas, dejándola sobre la mesa y diciendo: “Si alguien quiere, a tiempo está”.

La tertulia había veces que alcanzaba un nivel elevado que a Fulgencio le sobrepasaba, pero, entonces, él permanecía atento y silencioso asimilando cuanto allí se decía y ponderando los argumentos que cada uno exponía. Se lo pasaba bien, muy bien podría decirse, y mantenía unas encendidas e ilustrativas discusiones con el crítico de cine, pues Fulgencio entendía de cine, sobre todo de cine clásico y sus criterios eran apreciados por el crítico y el resto de los contertulios. Nombres de actores y actrices con sus filmografías, títulos de películas, corrientes cinematográficas, desde el surrealismo de Buñuel, al neorrealismo de Rossellini y De Sica, pasando por la nouvelle vague de Truffaut o el modernismo de Welles. Un verdadero erudito era Fulgencio en ese tema. Le había gustado desde siempre y estaba suscrito desde hacía muchos años a revistas especializadas en la materia.

Las reuniones se celebraban normalmente los viernes o los sábados y Fulgencio no se perdía una.

—Pelagia, para esta noche no me prepare nada de cenar que cenaré fuera.

—No sé yo que comistrajos tomará con esos amigos tan raros. Con la señorita Tote suelo coincidir yo algunos días en el super y sólo la veo comprar cosas de poca sustancia, sin fundamento. Mucha cosa envasada.

La situación se prolongó durante tres o cuatro años pero de pronto todo empezó a torcerse.

El anticuario, de la noche a la mañana, desapareció e imaginaron que debía haberse metido en algún lío y decidió poner tierra por medio. Al catedrático le ofrecieron un puesto político y tuvo que cambiar de ciudad con lo que dejó de asistir a las reuniones. Y la anfitriona Tote, en uno de sus arranques, llegó a la conclusión de que la naturaleza le llamaba, que ya estaba bien de vivir rodeada de asfalto, de coches y de gente. "Algo me dice que tengo que irme a encontrarme conmigo misma y con la naturaleza", les soltó de sopetón en una reunión que organizó de despedida. Vendió su casa y se fue a vivir a una aldea, semivacía, perdida en el interior de la sierra, donde sólo se oían, a lo lejos, los cencerros de las vacas que pastaban sueltas en el monte comunal, el ladrar de un par de perros pastores y el canto de los gallos al punto de la mañana.

Así que la tertulia se deshizo y Fulgencio se quedó sin esos momentos que le llevaban a experimentar otro mundo totalmente ajeno a su devenir diario.

"Hoy le he preparado para comer unas judías verdes muy buenas y un filete a la plancha con unas patatitas fritas". Era lo primero con lo que Pelagia le saludaba cuando regresaba a casa: con el menú.

Comía despacio y después se sentaba tranquilo, en un sillón, a ver las noticias en la televisión y poco a poco, se iba quedando dormido. No le gustaba echarse la siesta en la cama, prefería hacerlo así. Normalmente se despertaba un poco antes de que Pelagia diera por terminada su jornada y ella, al despedirse, tenía por costumbre decirle lo que le dejaba preparado para cenar.

A partir de ese momento, cuando se quedaba solo en casa, era cuando algo no marchaba bien. Sentía unas sensaciones raras, como si la casa en su soledad se fuera haciendo más pequeña y una especie de claustrofobia se apoderaba de él, sobre todo, en invierno. Por eso, siempre que podía, se iba a la calle. En el Círculo había montada una partida de mus en la que muchas veces participaba; cuando llegaba tarde se sentaba y observaba la partida que jugaban los otros. Todo esto en la tercera planta del edificio, la dedicada a los juegos de mesa con un par de mesas de billar incluidas. Allí solía estar hasta las ocho u ocho y media de la tarde en que regresaba a casa.

Alguna tarde, muy de ciento en viento, cuando volvía a casa y pasaba por delante de una iglesia, situada a escasos cien metros del Círculo, si eran más de las ocho y media, entraba. Entraba porque sabía que ya no había nadie. La misa vespertina era a las ocho y desde que terminaba, hasta la nueve, la iglesia permanecía abierta. Abierta y vacía. La iglesia es pequeña, predomina en ella el gótico, incluida la fachada principal. Adosada tiene una torre mudéjar. Su interior, compuesto por tres naves, está cubierto por bóvedas de crucería. La cabecera es románica y de su bóveda pende un Cristo grande, tallado en madera. Unos pilares poligonales separan las naves. A Fulgencio le gusta la austeridad de ese templo. Fulgencio no es practicante, es creyente a su manera. La última vez que estuvo en misa fue en el entierro de su mujer. Pero en la soledad y el silencio de esa iglesia, apenas iluminada por una lamparilla situada cerca del altar de piedra, y la tenue luz del atardecer que penetra por una claraboya de ónix, se encuentra bien. Se sienta en uno de los bancos traseros y su mente se queda en blanco, relajada, hasta el punto de que cuando sale no sabe en qué ha estado pensando,

pero siente una sensación de sosiego y paz. Se dice que debe de volver pronto pero pasa tiempo hasta que vuelve a entrar.

Después de cenar se retrepaba otra vez en su sillón y entonces sí que veía de arriba abajo las noticias de la tele. Luego veía algún programa de debate o alguna tertulia. Había veces en que su hija le llamaba: "Papá esta noche ceno contigo, luego nos vemos una peli que he comprado mientras hacemos tiempo".

Hacer tiempo, hacer tiempo para que la diferencia horaria con Argentina permitiera a su nieto e hijo respectivo, salir de trabajar, conectarse a internet y establecer una videoconferencia. Veterinario, llevaba dos años trabajando en la Pampa en una explotación ganadera. Aunque la correspondencia de correo electrónico era fluida, al menos una vez a la semana, se conectaba y se le podía ver en vivo.

Él había sido, cuando todavía no había terminado la carrera, el que introdujo a su abuelo en el mundo de internet y ahora Fulgencio no se arrepentía de las horas que había tenido que dedicar para ponerse al día. De hecho, muchas noches le daban las tantas buceando en red hasta que cansado se iba a la cama.

Así, nada más acostarse, se quedaba dormido, sin tiempo a que las paredes de la casa trataran de aprisionarle.

Probablemente tendría que acabar yéndose a vivir con su hija, aunque también podía ella venir a vivir con él. Tendrían que hablarlo, pero eso sería otro día; lo mismo que ir al médico a ver si le aclaraba lo de sus mareos y mientras, seguiría viviendo la aventura diaria y apasionante de la espera.

Junio 2009



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

www.pinfanos.es

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de editar el
uno de mayo de 2023

